



Teatro de Barrio

Obra en diecinueve artículos

de

José Antonio Cobeña

1987

Imprenta Timenex, S. L. - Huelva



José Antonio Cobeña

Teatro de Barrio

Huelva, 1987

© De esta edición digital:

- 2007, José Antonio Cobeña Fernández

www.joseantoniocobena.com

diarioweb@joseantoniocobena.com



Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

© José Antonio Cobeña Fernández. 1987.

Colección: «La flauta mágica».

ISBN: 84—398-9895-9

Depósito legal: H - 245/87

Impreso en «Imprenta Jiménez, S.L.»
Polígono Naviluz, nave 39 - 40 Huelva

*A María José y Marcos, que
siempre supieron esperar en el
silencio de las tardes y noches
de ausencia...*

ÍNDICE

<i>Desde la concha del apuntador</i>	9
Antes del estreno.....	15
El teatro de barrio	17
Informe eléctrico escolar.....	21
Vacaciones sentidas.....	25
Volver a empezar.....	29
Ética, a palo seco	33
La muerte andaluza	37
Radio Macuto.....	43
La compra compulsiva.....	47
Poner el nombre	53
La crítica constructiva.....	57
Religión y poder.....	63
Cien días de soledad.....	69
Corazón de mandril.....	73

Vicios privados, públicas virtudes.....	77
Pier Paolo Pasolini.....	81
¡Bienvenido, Mr. Anderson!.....	87
Ciudadano Jesús.....	91
El almanaque que se va... ..	95
La estela del regalo	99

LA NOTICIA

Desde la concha del apuntador

*E*scenario, proscenio, bambalinas, paraíso, platea, palcos... Sí, pero dónde, en qué lugar buscarlo. Qué indicación precisa debo dar al acomodador para que me conduzca al sitio exacto desde el que el autor de estos artículos contempla la acción dramática. O burlesca. Trágica o cómica, tragicómica, esperpéntica... desde dónde ve el teatro, desde dónde mira la obra. Para entenderlo -a él, el autor- y comprenderlos -a ellos, los escritos- es, me parece a mí, necesario conocer el lugar elegido. Elegir significa inclinarse consciente, voluntaria y libremente por una opción determinada en lugar de otra u otras. Y eso nos dará la pauta, la pista, para rastrear y quizás incluso saber cómo, cuándo, dónde, por qué late o no su palabra. Básicas preguntas de clásico manual de periodista que comienzan a desvelarse si contestamos a la primera y más urgente de todas: ¿quién? José Antonio Cobeña. Es la respuesta. Sabiendo esto es ya mucho más fácil localizarle en el laberinto ordenado, socialmente ordenado, de un teatro. Sin embargo, como en las narraciones orientales, en las que un cuento encierra otro y éste a su vez esconde uno diferente que también se abre a ese nuevo que da paso al siguiente distinto... y así, muñeca rusa, juego de espejos, ojos de amantes mirándose, no se encuentra el final, no se halla término; de esta manera misma aún es necesario superar otro obstáculo. Antes de indicar al acomodador la ubicación de quién buscamos deberemos saber a qué teatro dirigirnos. También eso nos indicará con qué persona vamos a encontramos. (Y no se olvide la imbricación y el significado profundo de estos términos: persona, máscara, Grecia, teatro, ditirambo...). Aquí, Holmes o

Poirot lo tienen fácil, no hay mucho que investigar ni deducir, pues el sujeto, el «quién» no juega a claves y nos dice claramente el «dónde»; en un teatro de barrio. La elección es significativa, significante y connotativa. Presupone, predispone e indica. Marca al público al que quiere llegar y a él se dirige. Quien tenga ojos para ver, que vea; quien tenga oídos para oír, que escuche. Y ya no queda sino hilar los datos conocidos y mediante un proceso tan inductivo como deductivo comprender que José Antonio Cobeña en un teatro de barrio no puede -no quiere- ser actor ni espectador. ¿Entonces...? Ambos. Pero eso no es posible. Sí. ¿Las dos opciones a la vez? Sí. No puede ser. Sí. ¿Donde la ubicuidad? No será preciso llegar a tanto, basta con colocarse como él lo ha hecho: en la concha del apuntador. Y Mozart dirigiendo. Salieri vigilando.

Situado, pues, José Antonio Cobeña en la concha del apuntador de un teatro de barrio (e insisto en las connotaciones que cada uno quiera sustraer de dicha ubicación cuando sabemos que un teatro puede ser reflejo microcósmico de la sociedad) desde donde puede mirar sin ser visto e intervenir sin ser mirado, actor y espectador a la par, ha escrito desde esa posición diecinueve artículos en los que se cita a Teilhard de Chardin y a Victor Mature pasando por Ana Belén, Aranguren, Paquirri, su admirado Alberti, Jesús como ciudadano, Marx, Constantino, Tarzán... Y Zenón, el filósofo griego al que el poeta Paul Valéry canta en su poema XXI de «El cementerio marino»: ¡Zenón, cruel Zenón de Elea! / Me has traspasado con la flecha alada / Que vibra y vuela, pero nunca vuela. / Me crea el son y la flecha me mata. / ¡Oh sol, oh sol! / ¡Qué sombra de tortuga / Para el alma: si en marcha Aquiles, quieto! » (Según la espléndida traducción de Jorge Guillén). Y curiosamente incluso uno de mis mitos más queridos: Peter

Pan, sí, ése que se negó a crecer, perdió su sombra, aquél que vive en el País de Nunca Jamás, sí, porque la complejísima, delicadamente cruel, infancia ocupa en más de una ocasión la mirada reflexiva del articulista. Original mirada, culta, (sirva de ejemplo el titulado «El Al-Manaque se va... ») que busca aprehender el nombre exacto de las cosas, como Juan Ramón Jiménez solicitaba a la inteligencia. Otros rasgos podemos descubrir en esa prosa: la cotidianidad trascendida, la ironía. Remito al lector a un artículo en el que ambas conviven: «Poner el nombre», en él, partiendo de la anécdota sencilla de escoger el nombre para un niño, encontramos resumidas las claves mencionadas. Hallar el nombre justo, ahondar en la simbología que, mágica y racionalmente (no mágica o racionalmente, sí con «y» copulativa, no con «o» disyuntiva; que misterio y razón no son contrarios) se fusionan, como la piel brillante del rostro del tuareg se tinta del azul profundísimo de la tela. Magia y Razón, número y capullo de gusano de seda, matemática y música. Simbiosis determinante aun para quien ignora el arrastre, sedimento y poso del verbo otro del que fue en un principio. Si nombrar es crear, elegir qué palabra, ésta y no otra, será hacerse responsable del don de lo creado que emana consustancial a nuestra elección y por ella determinado, aunque después, tras esa instantánea dependencia del momento preciso de creación, fluya liberto.

Desde su concha el apuntador mantiene su mirada culta oculta para introducir la ironía como una espina finísima de oro en la coraza pulimentada del guerrero: la ironía. Así, refiriéndose a los nombres traídos y llevados por las olas de moda, dice: «Franciscos y José Antonios hay muchos en los años cuarenta». El humanismo, la revisión de las clases sociales, la ética, la crítica a una sociedad en

siesta permanente, el poder, los vicios privados, las públicas virtudes ... Y en el centro del iris, sin fariseísmo ni parafernalia, la pura palabra evangélica, tan afecta al autor. Desfile por el escenario de un teatro en el que el último telón está dibujado como una ciudad a la que, también desde otro periódico desaparecido, «Odiel», yo llamé diseñada por el enemigo: Huelva.

Por tanto, Huelva al fondo de la escena, a veces como primera actriz, diva egoísta y caprichosa, encerrada en su repertorio de provincia que le proporciona éxitos provincianos en una gira alrededor de su colombino ombligo y que concluye en sí misma con el aplauso benevolente de un público tan complaciente consigo mismo como carente de autocrítica. La paja en el ojo ajeno y la viga en el propio. O mejor: la carabela en la costa ajena y la calavera en el litoral propio.

Sin embargo hay -y no casual sino causalmente- una curiosa circunstancia, en más de una ocasión la palabra «espera» va seguida de la palabra «esperanza». Surgen así, juntas, como si el páramo de la primera aguardara llenarse de las amarillas flores de mimosas que augura la segunda. Por eso la continua llamada a fomentar la creación, el tomar el pulso a la sociedad desde esa ya citada cotidianidad trascendida, a no rehuir el compromiso ético y estético que exige este turbador final de milenio. Y valga para ello el ejemplo revulsivo y heterodoxo que José Antonio Cobeña no tiene reparo en citar: Pasolini, la fidelidad de pensamiento coherente con la vida y ambos prolongados y expuestos descarnadamente en singular obra obtienen como recompensa un alto y devastador precio. Porque desde Luzbel hasta hoy la rebelión se paga en sacrificio, el transgresor debe ser inmolado. Y no obstante, la llave del grillete a la vez que alienta la esperanza es en sí el horror, pues ella sola contiene la existencia

misma del grillete. Ya lo dijo Rilke: «Todo ángel es terrible». La grandeza y servidumbre de la palabra están en el justo o manipulado uso de su esencia: el hombre canta en la flauta que encanta a la cobra que hipnotiza a los hombres que callados, en círculo, contemplan. La flauta es mágica. Y bífida: como en Mozart o como en Hamelin. Y Cobeña lo sabe, pero sabe también que el poder de su música se deshace -igual que el círculo de silentes que rodean al ofidio y al encantador- en cuanto se interrumpe la melodía. Que no cese, por tanto, la música de esa flauta que en este caso -y a diecinueve pruebas me remito- no sonó por casualidad. Que desde su concha de teatro de barrio el apuntador que desea hallar el nombre exacto de las cosas lo encuentre y lo comparta. Pues como el autor de estos artículos dice en la, para mí, más hermosa frase de todos ellos: «La experiencia terrible del paraíso no radicaba en la manzana, sino en la soledad humana».

Juan Cobos Wilkins

Riotinto. Mayo de 1987

Antes del estreno...

«Teatro de barrio» es el resultado de una reflexión vinculada a la existencia del periódico «La Noticia de Huelva». A lo largo de cuatro meses del año 1984, aparecieron diecinueve artículos bajo el título genérico de «La flauta mágica», en homenaje al giro copernicano que Mozart imprimió a la existencia culta de la época, en un esfuerzo encomiable por vibrar con el pueblo auténtico, en la espera/esperanza de ver cantado y representado el amor sencillo de cada día.

No hubiera sido posible escribir en clave mozartiana sin la vivencia, también diaria, de aquel periódico querido. Esta publicación quiere ser un homenaje a cuantas personas se esforzaron en el cada día de su aparición, porque en toda representación teatral o publicación diaria lo importante es el esfuerzo conjuntado, «sinfónico», de los que hacen posible la lectura de la partitura, en este caso, en clave de esperanza y creencia en el hombre, la sociedad y la naturaleza.

Huelva, 30 de abril de 1987

El teatro de barrio

No descubrimos ninguna piedra filosofal: el teatro está en el barrio, en el pueblo, no en las piedras. No existen taquillas, acomodadores, luces o apuntadores de última hora. Todos somos protagonistas: como único escenario, la vida. Así será la representación diaria, semanal o quincenal de estas columnas. ¿El título genérico? Verán.

Hace unos doscientos años, un autor genial, de apellido algo complicado, Schikaneder, decidió construir en Viena un teatro de barrio que no contemplara entradas reservadas, como era lo «normal» en la época. Era la primera vez que cualquier persona tenía acceso libre a cualquier plaza de teatro. Cerca, se estrenaba, el 30 de septiembre de 1791, la ópera con música de Mozart «La flauta mágica», con libreto del mismo Schikaneder. Allí, en el estreno, estalló de forma no excesivamente casual, la guerra secreta de las clases sociales, por la diversidad de público asistente y por el contenido revolucionario de la obra, frente a la candidez del de las clases bajas.

Este canto al amor y a la libertad me ha brindado la mejor idea. Abierta la época de pensamiento y creatividad, podemos comenzar a trabajar en un libreto original que nos permita llegar al año 1991 en el doscientos aniversario del estreno de la ópera, y presentar en público, estrenar, una historia de Huelva, real, cercana al pueblo (de donde debe

nacer), crítica, sincera, abierta y dispuesta a ser completada con nuevos protagonistas. Papagenos, Taminos y Paminas, que se encuentran a sí mismo, siendo cazadores de pájaros, príncipes o princesas, quién sabe, del lugar.

Con la música de la época, -¿quién cantará, compondrá, interpretará?- , podremos preparar la «ópera» del año siguiente, mil novecientos noventa y dos, sí 1992, que a muchos ya pone nerviosos hoy día buscando el protagonismo que Schikaneder despreció.

En el futuro libreto, presente por otra parte desde hoy, tendrán cabida todas las personas e ideas que desean construir la provincia día a día. Será fiel reflejo de todo lo positivo que hay en la vida, de todos aquellos rostros que tienen mirada limpia, de aquella mayoría silenciosa que susurrando cantos de Ana Belén con letra de Alberti -¡qué paradoja!-, intentan pasar desapercibidos en la construcción del mundo de paz, de nuestra provincia, de nuestra querida y nunca bien ponderada ciudad. Y se pondrán candados de oro, como a Papageno, en los labios de los que mienten descaradamente, agoreros de infortunios a corto plazo, vividores del «vecorreidile» que se constituye «cáncer» de nuestra ciudad, que disfrutan haciendo daño, que destrozan la imagen e intimidad de cualquiera, que critican la democracia jactándose en sus corrillos podridos de una curiosa «autoridad», sinvergüenzas de turno, que no tienen escrúpulos, profesionales de cualquier terrorismo -no sólo existe ETA en nuestro país-, meapilas, trincones, usureros, apocalípticos a sueldo, protagonistas diarios de

representaciones reservadas a personas que disfrutan fastidiando al vecino.

Para ir ambientándonos, podríamos cantar ya en coro popular aquella estrofa colectiva de la ópera de nuestro título:

«Si todos los mentirosos tuvieran / sus labios cerrados con candado, / en lugar de odio, calumnias y mentiras, / sólo habría amor y fraternidad».

Esto lo decía Schikaneder pensando en su teatro de barrio. Esto lo podemos cantar hoy pensando en ese libreto que nos queda por escribir, que recogerá las inquietudes de cada barrio, de cada hombre de secreto que anda por sus calles. Entonces se pondrá música a la letra convincente, con raíces, y no al revés. Como hizo Mozart en Viena, ciudad en crisis, aunque al igual que el protagonista de «La flauta mágica» tengamos que cubrimos de plumas de pájaro, tocar un carillón de vez en cuando y silbar a los cuatro vientos como si nada hubiera pasado.

LA NOTICIA

Martes, 28 de Agosto de 1984

Informe eléctrico escolar

Se acerca el comienzo del Curso escolar. Todas las casas están revolucionadas en estos momentos ante un Curso que viene: libros que desajustarán cualquier presupuesto controlado con la «Casio» familiar, horarios que se resistirán a ser removidos de la costumbre veraniega, el sempiterno levantarse tempranito bajo la amenaza del despertador que susurra amenazante: «sonará otra vez» (aunque lo haga en sintonía Philips) y desayunos que provocarán con las prisas más de una mancha *nesquik* en la ropa de los niños limpios, atusados, relucientes, de olor nenuco, con inclinación de hombro o espalda, según dónde vaya alojado el baúl de libros.

He aquí el «marco incomparable» de una familia que se prepara. De pronto, un informe polémico nos sitúa ante varios interrogantes centrados en uno solo: ¿cómo estará la instalación eléctrica del Colegio de «mi niño»?, porque se ha demostrado que ésta es una preocupación alarmante en muchas familias de la localidad. Alarmante, ¿para quién?

Normalmente muchos de los que reivindican «perfectas terminaciones en los locales del colegio de «otros niños», gozan de colegios perfectamente terminados, con cables antihumedad, magnetotérmicos y toda la «pesca», que garantizarán siempre la feliz estancia de los suyos. ¡Que

paradoja! Y es que siempre volvemos a la dialéctica de las clases sociales. En este caso el problema es de cables, pero en otros las diferencias e interpretaciones son de mucha más envergadura. Este es el símbolo de una sociedad que no se atreve a coger el toro por los cuernos.

Porque hablando de electricidad, qué facilidad para acercar los watisos y voltios a los niños. Basta darse un paseo por «El Torrejón» y observar cómo los contadores de la luz de las casas están casi a ras del suelo, en edificios-colmenas, cajas de cerillas, importados de la Europa progresista de aquellos días. Si estas preocupaciones tratan de garantizar la integridad física de los niños, valen. Pero, por favor, muchas otras preocupaciones más serias deben estar en nuestras mentes en esta primera quincena de septiembre. Vayan por delante algunos interrogantes/problems que inundan hoy día nuestras mentes. ¿Cómo podré colaborar con el niño/a en los problemas de adaptación al Colegio?, ¿qué es la Escuela y quiénes están en ella?, ¿conocen ya los niños quiénes van a estar con ellos muchas horas, «señas» y «maestros» de muchas conversaciones en casa?, ¿tendremos suficiente dinero para que al niño no le falte lo que dicen que es necesario para «aprender»...? ¿tendrá nuestro barrio posibilidades para que las «zonas verdes» necesarias sean una realidad en los juegos de los niños?, ¿habrá tranquilidad en casa a nivel de pareja, para dar tranquilidad a la niña?, ¿nos dejará el paro seguir educando?, ¿tendremos alimentos suficientes para que al niño no le coman la moral en el Colegio?, ¿nuestras discusiones diarias dejarán dormir

tranquilos a nuestros hijos durante la noche? o ¿sacrificaremos, un año más, a los abuelos, sacándolos del pueblo, para que nos ayuden a cuidar la casa, los niños, en nuestras ausencias?

Creo que un dossier así merecería la pena someterlo a debate en una mesa redonda tan grande como la provincia, donde padres, profesores, autoridades responsables, niños, niñas, pudieran encontrarse en sus auténticas preocupaciones, en sus problemas de «clase». Porque, hoy por hoy, la electricidad es importante, sin lugar a dudas, pero curiosamente en los colegios públicos que se hicieron mal con dinero del pueblo. Lo mínimo que se puede pedir ahora es que el propio pueblo plantee ese problema de forma junto a los auténticos de fondo, de tal forma que nadie pueda hacer demagogia de lo físico, ignorando el componente psíquico y social que todo informe lleva. Que es importante el cable antihumedad nadie lo discute. Pero, sin pasarse. Aunque, a mí, antes que una instalación «ATAIO ingenieros», me gustan más los mecanismos «TICINO», por aquello de la estética revolucionaria...

LA NOTICIA

Lunes, 3 de Septiembre de 1984

Vacaciones sentidas

Las vacaciones acaban y comienzan cuando el ser humano las siente. A veces, el día uno de julio añorado es como el caballo de cartón de mi infancia, el «Skylab» de hoy, que cuando se alcanzaba ya no tenía interés. Lo importante era construir el sueño, el deseo; gozarlo, era otro problema. Las vacaciones son una oportunidad para construir personalidad y ser-uno-mismo al mismo tiempo, sometidos al espacio y tiempo de cada uno que es cada cual. Las vacaciones son un proyecto, más o menos lleno de mundicolor o arena del desierto, según los vientos de marketing vigente. Vacaciones, por otra parte, que una vez más suelen ser sólo patrimonio -según la necesidad creada actual- de unos pocos, que basan la «suspensión temporal del trabajo» (según la Larousse) en un desplazamiento kilométrico, no en la posibilidad de ser aún más.

La dialéctica espacio/tiempo en el descanso constituye, hoy por hoy, el marco estructural de la vacación. El pueblo romano, que sabía mucho de tumbarse sobre el brazo izquierdo y comer hasta la saciedad, descubrió la vacación como necesidad de perfección. Se calcula que cuatro meses al año eran «suficientes» -terrible ironía de la vida- para que el ciudadano de Roma se dedicara a otros menesteres distintos de los habituales. Tenían la posibilidad de recrearse en sus ciudades, urbes de hoy, donde la cultura brillaba por su presencia a todos los niveles. En la

actualidad, la «suspensión temporal del trabajo» y la posibilidad de gozar de mini o macro-vacaciones se hacen cada vez más patentes y necesarias, viviéndose un auténtico síndrome de «la semana que viene tengo dos días que me van a venir de miedo». Ese «venir de miedo» refleja una imperiosa necesidad de cambio radical en la actividad, es decir, muestra inconformismo ante el trabajo alienante.

El hecho de temporalizar en una determinada época del año la gran necesidad, es decir, gozar del verano o «veraneo» hace que las pequeñas experiencias de los fines de semana, puentes, acueductos, permisos y fiestas de guardar, sean valoradas con la angustia de que se te va lo esencial cuando llegan. Es lo mismo que la experiencia del caballo deseado en el niño: más se disfruta en la espera que en la llegada. Es precisamente esa fase de elaboración la de auténtica «vacación», porque es cuando verdaderamente se disfruta construyendo, riendo, añorando, viajando, bailando o surcando los diferentes mares de los sueños.

Luego, llegan los aeropuertos, taxis, coches desequilibrados por el peso, caravanas, niños televisivos que te meten el corazón en un puño, arena de playa metida en los lugares más recónditos, bares atestados de gente, colas que nunca avanzan, precios de «verano», playas que se parcelan con enormes tiendas del *ecorub* y sombrillas plurifamiliares donde la intimidad de tu silencio se rompe con la radio plateada de Taiwan, puesta a todo volumen, recordándonos la «placa» que por el patio de casa no ha parado de sonar durante todo el invierno. ¿A todo este «marco

incomparable» le podemos llamar «descanso», «vacaciones» o «veraneo»? ¡Pues que venga Dios y lo vea!, que diría un castizo de nuestra tierra... Curiosamente, esta expresión refleja que no hemos entendido el sentido del descanso de ese Dios. Cuando ve todo el follón que armamos cada año con las vacaciones, supongo que se pondrá las manos en la cabeza -un Dios así es muy interesante- y nos recordará que una vez que nos guste o sintamos alegría por lo que hacemos cada semana -veamos que «es bueno»- será fácil el descanso del séptimo día. Ni más, ni menos, porque sentimos felicidad. Como ese Dios la sintió construyendo el mundo de nuestra infancia, como nosotros podemos sentirla construyendo el nuestro, el de todos los días, sin necesidad de angustiamos por el mundicolor, turavia o club de vacaciones del próximo verano.

LA NOTICIA

Domingo, 9 de Septiembre de 1984

Volver a empezar

«El mundo sólo tiene interés hacia adelante»

Teilhard de Chardin

Si algún protagonista tiene hoy derecho a un «oscar» es el niño/a de Huelva, provincia descubridora que está aún por descubrir. Para él/ella, el mejor homenaje en el teatro de barrio que visitamos una vez a la semana, a través de estas columnas, que utilizan papel rumano, rotativa inglesa, fotocomposición americana, tinta de nombre atrevido: «dorilleux» y planchas «made in germany». Todo un «atrezzo» para unas candilejas que van a tener hoy estrella invitada: el/la niño/a de Huelva. ¿Por qué?: «El curso vuelve a empezar».

El ambiente para el estreno del curso escolar es indescriptible: prisas por doquier, almacenes que no quieren dejar de hacer su septiembre de Anaya, S.M. y Edelvives, gomas de nata apetecible y lápices del número 2. El vestuario ocupando también un papel importante: el clásico «baby» de cuello bebé, con una casita y árbol incluido, hasta el «chandal» de letras bien visibles, por delante/detrás, mangas, piernas y cuello, pasando por todo tipo de «equipos» que preparan la llegada del curso escolar. Todo maravillosamente preparado para el día 17 de septiembre de 1984, día de estreno de un curso lleno de interrogantes y

que, a modo de apuntador, me atrevo a cuestionar por diversos olvidos e interpretaciones.

Huelva es una provincia por enseñar, en el pleno sentido de la palabra. Su historia no puede estar centrada, exclusivamente, en un descubrimiento lleno de preguntas aún por contestar. Simbólicamente, en el año 1755, hubo una gran oportunidad para convulsionar la provincia, por el terremoto de Lisboa. Era necesario despertar a un mundo nuevo, mar adentro, con problemas en las entrañas de la tierra. Hoy, ante un curso que comienza, me siento niño-que-asiste-a-la escuela y pregunto por muchas cosas, que, entiendo, se deben aprender.

En primer lugar, amar la provincia, conociéndola. Una gran parte de los habitantes de esta provincia se desconoce a sí misma e ignora a los demás. La orografía contribuye, sin lugar a dudas, a ello, pero no justifica el desconocimiento. Hay que enseñar la provincia, pasearla, visitarla, interrogarla, criticarla -constructivamente, por supuesto-, respirarla (importante, sí), trasnocharla, pintarla, garabatearla, denunciarla, admirarla. Nueve meses escolares, seis de trabajo-juego, dan para muchos infinitivos. Y que conste que no todo está en la gramática parda. Hace falta mucha sintaxis y fonética popular, vestigio de nuestra cultura más pura: el acento lepero y el de la aldea de Carboneras, tienen algo en común: son respuestas a un modo de vida que configuran el modo de ser de la provincia, Lo suficiente como para enseñarlo en la plaza del pueblo o en el paseo de la ciudad.

En segundo lugar, enseñar convivencia y sentido democrático, En-los niños está el presente (no, futuro) de la provincia, La gran esperanza onubense, es ver crecer la convivencia en las aulas o al aire libre, Niños/niñas tolerantes, que enseñen tolerancia a los adultos onubenses instalados y de vuelta de todo, Aquí, los profesores tienen un gran reto: la democracia no se enseña en la pizarra o en los libros, o se vive, o no se sabe lo que es. Los niños vivirán esto como la mejor clase del curso. Un manipulador, se descubre a sí mismo: los niños lo saben. Con su rebeldía acusan. Los profesores también lo saben.

En tercer lugar, trabajar la creatividad. No existen programas establecidos. Los niños crean espontáneamente. Son el mejor revulsivo ante tanto engaño adulto. Huelva necesita crear, no fotocopiar proyectos, ideas, ilusiones o modas. Hay que explicar a los niños que Huelva es una provincia con una riqueza humana y material impresionante. No hay que conducir a un «chauvinismo» inútil, pero sí organizar ciclos de creatividad autóctona, donde lo natural, espontáneo, propio, de raíces auténticas, sea valorado en su justo sentido. Los niños saben de «puzzles» inhumanos, tanto como para crear algo nuevo que ofrezca esperanza a tanto proyecto caduco como anda por ahí.

Todo esto se me ocurre desde mi modesta concha de apuntador, en un pobre teatro de barrio, donde los niños vuelven a empezar un ciclo de expresión mental y corporal totalmente nuevo. En esta cuenta atrás hasta la entrada

remolona en la escuela, pensaré en la gran tarea educativa de los hombres y mujeres de la provincia. Volver a empezar merece la pena, en clave de esperanza creadora.

LA NOTICIA

Domingo, 16 de Septiembre de 1984

Ética, a palo seco

«La ética es la fuente de la vida»

Zenón el estoico

Consultaba, hace unos días, el «diccionario de palabras sufridas», próximo «best-seller» fasciculable y, casi sin querer, me encontré con el vocablo «ética». Como espectador del desgaste multisecular que ha sufrido la palabra que nos ocupa, me entretuve en leer sus significados actuales, descubriendo que como en las mejores películas de la «Metro», «cualquier parecido actual con su sentido original es pura coincidencia». No es para menos, después de los malos tratos recibidos. El diccionario decía textualmente: «Vocablo de origen incierto, que significa estricto cumplimiento de las normas sociales de siempre, inmutables y que deja tranquila la conciencia de todos aquellos que son fieles a las mismas». Cerré inmediatamente el diccionario y me puse a trabajar en la «operación rescate» del auténtico sentido de la ética, aquel que aprendí de la historia, de la cultura griega sobre todo, y no de la historia de mi infancia en un país en el que hablar de ética era el pan nuestro de cada día, en boca de personas que representaban a nivel de poder la «suprema sabiduría popular»: Estado, Iglesia, Ejército y Capital.

La ética, originariamente, era el «suelo firme, residencia, morada, hábitat», en lenguaje popular, es decir, la «solería»

de nuestra vida, esas losetas/experiencias/principios que cada uno ha vivido, comprado a lo largo de su vida, lanzándose al vacío de la existencia y preparando ese «suelo firme», raíz de donde nacen y brotan todos los actos humanos.

Es la forma de ser individual y colectiva que, en principio, respeta la forma de ser del otro, de los demás, puesto que un «suelo firme» es personal e intransferible como el carné de identidad.

Cuando llegó la cultura romana comenzó a distorsionarse el contenido y rápidamente se forzó el término colgándole la etiqueta social de «costumbre y norma», constituyéndose desde entonces la ética como el conjunto de normas morales que regulan las costumbres de una determinada sociedad. Todo aquel progreso griego del suelo firme, que era experiencia de libertad continuada a lo largo de la vida, se troca en cumplimiento de normas establecidas. Jesús de Nazareth, carpintero famoso que hacía camino al andar, que practicaba la filosofía de la justificación de los actos por el convencimiento libre de lo que se experimenta todos los días, tradujo los «mandamientos», normas estrictas, por «palabras», que, entre paréntesis, era su sentido original. Vino a decir, más o menos, que cumplíramos con las palabras pronunciadas, aquellas palabras que nuestros antepasados habían considerado «éticas» y buenas: libertad, amor, verdad, justicia, respeto, comprensión, etc. Y además, para todos.

Después, el año 313 supondría la pérdida de papeles de Constantino y desde entonces, vigilados por la autoridad de los nuevos Majencios de turno, hemos tenido que soportar la ética monocolor que exigía el fiel cumplimiento de las normas establecidas, preservando las instituciones de siempre: familia, iglesia, educación, etc., sin posibilidad alguna de cuestionar sus bases, que visto en clave de conciencia histórica, son hoy día muy discutidas.

La ética es en la actualidad parte integrante de todas las conversaciones, está de moda. Es el toque moralista de todo encuentro que se considere cargado de contenidos, cuando en boca de muchas personas, las de siempre, la palabra ética es un auténtico insulto, muchos más cuando han aprendido el vocablo de memoria, sin haberlo experimentado en sus raíces. Actúan por normas convencionales y no por convencimiento. Justifican desmanes por los principios institucionales de siempre, pero cuando te encuentras con el hombre de secreto de cada uno ves que no hay fundamento alguno personal. Es decir, la ética como tal no existe, solamente se aprecia fachada normativa, que cumple escrupulosamente con los principios de manual estatal, religioso o militar. Así de triste, así de real. Por ello, merecería la pena organizar una «gran operación rescate» del contenido primigenio de la ética a palo seco, donde cada uno tuviera libertad para construir su «suelo firme», echar su «solería persona», a base de experiencias, aprendizajes y actitudes reveladoras de una forma de ser acordes con lo que cada uno es. Si además,

unas siglas, una religión, un partido político o sindicato sirven como lugares donde se construye tu mismo suelo firme, mejor que mejor. Aunque hoy día sigamos pensando algunos que la revolución nace siempre a nivel celular, porque los descubrimientos de la auténtica razón de ser da cada uno son minoritarios ante tanta mentira, tanto engaño y tanto planteamiento ético totalmente trasnochado. En definitiva y como diría el profesor Aranguren, tenemos que pasar con urgencia vital de una ética pensada a una ética vivida, practicada y consecuente con nosotros mismos.

LA NOTICIA

Lunes, 24 de Septiembre de 1984

La muerte andaluza

Al nadie se le escapa que la muerte del torero del mar, «Paquirri», es un fenómeno antropológico digno de estudio y profundización al margen de los derechos de autor foto y videográfico. No ha muerto solamente un torero: ha muerto un torero andaluz. Decir muerte en Andalucía es pararse en seco, demudar el rostro, referirse a la voluntad de Dios como recurso ante la impotencia, «cabezás» de respeto, misas de «cabo d'año», gama de diversas maderas para la caja fúnebre, misas de cumplimiento y «paseíllo», donde el cura cuando va a dar la comunión colectiva, suele volverse al altar porque poca gente «cumple» con el rito, duelos donde corre el café y la tila entremezclados con las últimas novedades del pueblo o la ciudad, referencias continuas a la bondad incommensurable del muerto, todo dechado de bondades, quejas ante lo irreversible porque «estaba en la flor de su vida», «comenzando a vivir», «lo tenía tó», mucho más en el caso de nuestro torero que representaba el mito de hasta dónde puede llevar la fama y el dinero: piso de mármol de 800 metros cuadrados, vistas al Guadalquivir y al Parque de María Luisa, «Mercedes Benz 380», cortijos, empleo para toda una familia, fama de tonadillera, bodas de Peñafiel (el fotógrafo de «Hola»), caballos blancos, fiestas camperas, y una cohorte de seguidores fieles dispuestos siempre a elevar a

rango de superhombre a un torero digno de pasar una y mil veces la Puerta del Príncipe.

Una vida así no debe ser truncada por un animal. Allí, en Paquirri y la Pantoja, se ven reflejadas muchas frustraciones del pueblo andaluz. Unas vidas así no merecen esta muerte, aunque, dicho sea de paso, no le cuadra otra mejor a nivel de mito. Todo se perdona. Divorcios, separaciones y escarceos amorosos son aceptados en el mito, incluso justificados. En muchas casas de las personas que el día 28 gritaban: ¡«Torero, torero!» no se comprenden esas «cosas», pero Paquirri y la Pantoja sí lo pueden «hacer», porque al fin y al cabo ellos son artistas y a esta «clase de gentes» todo les está permitido. Morir en esta permisividad es acabar con un ciclo mítico que necesita tiempo para ser elaborado, porque estas figuras escasean en el mercado actual. La España de la charanga y pandereta acaba muriendo también con estas ausencias, porque la fama histórica de un torero está cuajada de historias personales y sociales que jalonan un éxito y fracaso simultáneos, fiel reflejo de lo que ocurre a cualquier hombre y mujer de Andalucía pero sin posibilidad de estar continuamente en la cresta de la ola.

Morir en Andalucía es algo que remueve las entrañas de la existencia de nuestra gente, de nuestros pueblos. Lo importante sería que todas las muertes fueran importantes. Morir en determinados pueblos es tomar el pulso de la convivencia popular. Hará tiempo que no ven al muerto, pero allí hay que estar, aunque sea de «compromiso». La muerte es rutina y sólo se sale de ella cuando la edad del

que se va plantea lo injusto de la ausencia. Además, en la crisis actual de lo sobrenatural, llega a la conciencia del vivo la necesidad del «bollo» porque al menos, «ése que ha muerto» ha descansado de tanta amargura y sufrimiento como el proletario vive. La muerte de Paquirri ha venido a recordar a toda Andalucía lo necesario que es plantearse la vida con sus límites. Por mucho que se esfuerzen las entidades aseguradoras nada pueden con la urgencia de vivir la alegría. Y de esto sabe mucho nuestra región. La dialéctica sufrimiento-alegría es la que mantiene viva nuestra tierra. ¿Qué otra razón habría para vivir? ¡Si esto (la vida) sólo son dos días! Por eso, cuando en una tarde de septiembre, a las diecinueve horas, veinte minutos, un «avispado» de turno te corta la posibilidad de vivir, el grito de la plaza, de los barrios, de los pueblos, es unánime: «no hay derecho a que ocurran estas cosas, ¿por qué no podremos llegar a disfrutar de la felicidad plenamente? ». A esa hora le tocó a Paquirri, en Pozoblanco. A esa misma hora, tocó también «la hora» a otros andaluces, en otros pueblos andaluces, que arrancaron seguro las mismas expresiones. Pero la diferencia entre todas esas muertes radicaba en algo muy importante: en Paquirri se reflejaba el «azar» de la vida, en los otros, «muertos anónimos», la «necesidad».

Las muertes, a veces, son necesarias. Llevan al pueblo a serias reflexiones. Al menos, la de Paquirri, nos podría servir para entender las necesidades de nuestra tierra, para que podamos conseguir que Andalucía avance sin

necesidad de elevar a rango de mito lo que podría ser la vida real de cada uno, sin que tengamos que recurrir a la sensiblería, histerias colectivas y cotilleo profesional para dejar las cosas en su sitio. Si el mito de estos años se nos ha ido con esta muerte torera, que venga la posibilidad de ser de cada uno. Muchas cornadas se le están dando al mar, por ejemplo, y poca gente protesta tan solidariamente. Ha muerto un torero del mar, de Barbate, que podría ser nuestro símbolo. Algo así intuyó Rafael Alberti en estas palabras que recojo como homenaje a la simbiosis toro-torero-muerte que tan recientemente hemos vivido:

«Negro toro, nostálgico de heridas,/ corneándole al agua sus paisajes,/ revisándole cartas y equipajes/ a los trenes que van a las corridas.

¿Qué sueñas en tus cuernos, qué escondidas/ ansias les arrebolan los viajes,/ qué sistemas de riegos y drenajes, ensayan en el mar tus embestidas?

Nostálgico de un hombre con espada,/ de sangre femoral y de gangrena,/ ni el mayoral ya puede detenerte.

Corre, toro, a la mar, embiste, nada,/ y a un torero de espuma, sal y arena,/ ya que intentas herir, dale la muerte».

La muerte andaluza es siempre un reto. Que los toros actuales, que deben ser agarrados por los cuernos, toros como el paro, emigración y falta de cultura, «nostálgicos de heridas», acaben en el desolladero de la fiesta nacional, porque la andaluza tiene la obligación, ya, de caminar por

otros derroteros. Por ello, gracias, Paquirri, torero del mar...

LA NOTICIA

Lunes, 1 de Octubre de 1984

Radio Macuto

Siendo un prohombre en Italia el «señor» Francesco Cossiga, famoso por su dureza en la represión de la izquierda extraparlamentaria, se pusieron de moda las emisoras denominadas «clandestinas», hoy rebautizadas como «piratas». Cuando pasabas el dial de la radio «grundig» recién comprada en la vía Giulia, en una casa comercial donde te metían por los ojos los grises metalizados del consumo de la época, en contraste con las magníficas tiendas de antigüedades del lugar, te encontrabas con que era difícil localizar una señal clara de radio en la frecuencia modulada romana. Se llegan a contabilizar hasta veinte emisoras en un deseo atropellado de buscar audiencia a cualquier precio. Y entre ellas destacaba una que se llamaba «Ciudad Futura». Era el símbolo de la rebeldía ante todo lo institucionalizado. Por allí desfilaban todos los «indios metropolitanos» de Roma, que se habían agrupado en torno a un movimiento libertario, anarco, punki, pornopolítico, etc., etc., Llegó a ser tan fuerte el impacto de la emisora que, en el pulso mantenido con Cossiga por aquello de las huelgas salvajes, salieron triunfantes y perdedores al mismo tiempo según fuese de habilidoso el funcionario de los carabineros para desenchufar el emisor que permitía a gran parte de la población juvenil de Roma seguir de cerca todos los

incidentes de las manifestaciones, indicando desde una cabina telefónica por dónde había que sortear a la policía.

Aquello era el símbolo más puro de la clandestinidad, de la piratería. Hoy las cosas han cambiado sensiblemente. Las llamadas emisoras «piratas» andaluzas, que han sorteado la legalidad para montarse la audiencia a nivel municipal o privado, han recibido una orden tajante de cierre desde la Dirección General de Medios de Comunicación de la Junta de Andalucía. Esta noticia puede que haya pasado desapercibida para gran parte de la población expectante de Pepes Cañaveras, José María Garcías o Luises del Olmo de turno. Perfecto, pero merece la pena reflexionar sobre el significado del papel que cumplen estas radios noveles que pueden llegar a ser mi revulsivo ante tanta mediocridad teledirigida que tienes que soportar a diario en las llamadas radios oficiales y que, sobre todo, suelen estar lejos de la realidad de cada pueblo y sus gentes. El hecho de que se anuncie la tienda de al lado o la boda de fulanita con zutanito que tradicionalmente era un secreto a voces sin casa comercial de fondo, tiene su enjundia y su manteca. Que se sepa por las ondas qué pasa cultural, económica o socialmente en el pueblo, que eso se propague por las ondas constituye un reto educativo para las nuevas emisoras municipales, que pueden prestar un servicio de comunicación social en el pleno sentido de la palabra. Pero la llegada irresistible de esta nueva modalidad de radio doméstica, por llamado de alguna forma, va a dar al traste con una radio que ha funcionado en España siempre a las

mil maravillas y que se denomina «Radio Macuto», emisora que emite en todas las frecuencias habidas y por haber, casi siempre por la «larga», y lo de largo va por la dimensión que normalmente suelen adquirir las situaciones que comenzaron siendo nada o no respondiendo a la realidad y que encuentran una amplificación por intereses, entre paréntesis, nada claros.

«Radio Macuto» sí es una emisora clandestina Y pirata. Normalmente suele ser el vecorreidile de los cotillas profesionales de turno, con un amplio margen de actuación porque siempre se esconde en el anonimato más atroz: «¿Cómo te has enterado de esto?», 'no sé, esto me lo ha dicho fulanito, que a su vez se lo ha dicho juanito con el ruego estricto de que no se lo dijera a nadie, pero como yo soy su amigo ...' y así, cuarenta mil noticias ajenas a la realidad tal y como es, ignorando la verificación, el contraste, el decirlo primero antes al interesado, destrozando la fama, intimidad, el silencio y tantos y tantos valores que nuestra sociedad actual pone en solfa continuamente. Radio Macuto es enemiga de la democracia. Se aprovecha de los trenes baratos, de la intoxicación más soez, del cotilleo más rastrero, no suele tener dados de alta a sus empleados, puesto que se apuntan a ese bombardeo del «macutazo» todos los desaprensivos que pululan en el cotilleo profesional Y subterráneo, poniéndose por montera (eso sí es muy español y muy andaluz) todo lo que huelea a diálogo frente a frente, dando la cara, en veracidad, paz, armonía, encuentro y en contacto con la realidad de las

cosas tal y como son. Radio Macuto crea desasosiego y lo sabe, porque siempre te pueden sorprender en tu buena fe. Creo, por ello, que en la relación de emisoras que han recibido la notificación de clausura, que eso sí es otro «cantar», todos los que creemos en la democracia hemos echado en falta el cierre de esta «Radio Macuto», tan cercana a todos y que te puede sorprender por donde menos te lo esperes. En este caso, el cierre no vendría porque no se atiene a lo legalmente establecido para su apertura, no, sino porque atenta contra las relaciones humanas. Falla, por decido de alguna manera, la fuente de información, el emisor y el mensaje. Falla, en definitiva, el amor a la verdad. Lo atractivo de aquella emisora romana «pirata» era su deseo de afrontar una respuesta libertaria a Cossiga, «revolucionando» la juventud que crecía en medio de dificultades e interrogantes. Lo detestable de nuestras «radios macutas» más próximas (Huelva tiene unas emisoras muy potentes), es que no se plantean salir del provincianismo vigente, con lo cual provocan el inmovilismo y la negación del progreso en el abordaje de los problemas. Mientras que haya personas que alimentan con su propaganda estas emisoras seremos incapaces de avanzar en democracia. Luchemos por su cierre inmediato y denunciamos, al mismo tiempo, a los altavoces «piratas» que se esfuerzan a diario por aparecer en el dial de nuestras vidas.

LA NOTICIA

Lunes, 8 de Octubre de 1984

La compra compulsiva

Ni todo el oro del mundo podría soportar la necesidad de «tener» cosas tal y como nos bombardean a diario desde todos los frentes publicitarios. Es preocupante observar cómo se disparan las campañas publicitarias «para ser más», en expresión mercantilista. Como botón de muestra, podríamos escoger tres espacios donde la publicidad hace estragos: los supermercados, los grandes almacenes y la televisión. Hay que ser «Supermán» o «Superwoman» como para escapar intactos del ataque del enemigo, por ejemplo, «vestido de blanco», que preconiza la firma del detergente «Colón».

Empecemos por los supermercados. Ante tanta oferta de rebaja sobre los precios actuales, a uno no le quedan más cáscaras que tirar al suelo la lista que había hecho a lo largo de los últimos quince días, cuando asistía impávido a la merma de la capacidad del frigorífico y coger, uno tras otro, todos aquellos productos que están en oferta y además te ofrecen viajes al Caribe, New York o Londres. ¡Quién desprecia un buen desodorante si además te permite obtener gratuitamente una cinta para la frente, estilo Bórg, muñequeras McEnroe o maillots Niky Lauda! Así puede ir uno por la vida lanzando pelotas a no se sabe dónde, graznar al modo del tenista americano (sus modales son hoy algo de lo más normal) o comerte la última carretera comarcal en el modesto coche, con cara de velocidad a lo

Lauda. Lo que sí es evidente es que la mayoría de las cosas que pagamos a precio de ganga contribuyen al desarrollismo del consumo más atroz, porque entre otras cosas nunca alcanzaremos la meta de los que nos venden formas y utopías. Por no citar a las señoras que te comen la moral con los carros atestados de productos mil, que hasta llegar a la caja sufren un auténtico calvario para que no vuelque el «vehículo», rodeado por los hijos que procuran llenar de chucherías de última hora la cima del mismo, protegiéndolo entre todos de una caída inminente. Y en la espera hasta el listado de la última máquina calculadora/registradora, observas cómo se ha producido la compra compulsiva, pues ni todos los carros del mundo serían suficientes para aplacada sed de «llevarse» más cosas a casa. Empiezas por una latita y acabas por «latones» de kilo que según la etiqueta están pensados para «la economía familiar». Y si además, desprendiendo la etiqueta y enviándola al apartado de correos de turno, te puede tocar un magnífico «camafeo sumerio», sorteado entre las cincuenta mil quinientas cartas primeras que lleguen antes del día siguiente, pues mejor que mejor. Lo más triste de todo es que las casas comerciales lo hacen todo «pensando» en nosotros, que somos tontos y no sabemos discernir entre lo necesario y lo superfluo.

Sigamos con los grandes almacenes. Cualquier familia normal ya está aterrorizada ante el diluvio que viene. La compra de «equipos» para los niños o mayores son un reto a la mejor tesis económica de distribución de la renta «per

cápita». A pesar de todo, en un alarde de valentía total, programamos la visita para la fiebre del viernes tarde o sábado mañana y entramos en los grandes almacenes. El pantaloncito del niño comienza a dar problemas: «Ese no, mamá. Me gusta aquél, que lo anuncia la tele y lo lleva Juanito a la escuela». Y aquí empieza el nuevo drama del siglo XX: o haces caso al niño de marras o te tiras por la ventana más próxima ante el ataque extranjero. Total que acabas comprándole el pantalón «Tizza» (¡hay que ver cómo lo pronuncian los vendedores/figurines...!), junto con la cazadora «Rugantino», entre otras cosas porque este año predomina la moda italiana. Y como se descuide uno, acabas comprando la luna en cómodos plazos. Ya que hemos logrado sortear la rabietas del niño, comienza ahora la del resto de la familia. Abriéndose paso entre el decorado selvático de la planta, logras divisar unos pantalones y unas camisas de las que llevaba Víctor Mature en mi época cuando hacía las películas de selva y monos. Acabas en la caja más próxima con una bolsa de mano donde llevas la perdición de tu personalidad en aras de mostrar tus alardes de Tarzán por la selva de la vida. Y a mí, que me gusta mucho el Otoño de Vivaldi, me está preocupando ya el aviso de unos grandes almacenes de que «este Otoño, moda en punto»..., es decir, «cazadoras y jerseys muy amplios, con aplicaciones de cuero... ». Y todo ello porque «el punto es pieza clave de la nueva moda». Tremendo, pero real como la vida misma. De verdad, que se siente miedo, porque o mucho se lucha o al final acabas vencido por la seducción de los «grises, verdes o terracotas mezclados». Eso sí, «todo

en punto». Y no olvidemos la cita luctuosa de las «etiquetas negras» que nos sorprenden en sus precios, con el consuelo existencial de que yo, en esos almacenes, «soy lo primero».

Y la televisión. Vengo observando en las escasas horas que dedico a la «palizavisión», una cursilería que simboliza la necesidad de buscar el mundo de nunca jamás, en el síndrome de Peter Pan más descarado. Aparecen, con gran profusión de imágenes, cabellos rubios, caballos blancos, mucho chaqué y guante blanco, coches brillantes y largos, dentaduras blanquísimas, ropa blanquísimas, suelo limpísimo y todo a pedir de boca. Otra vez, vuelta a empezar. En los listados mentales de compras inmediatas comienzas a seleccionar las «necesidades» impuestas, mezcladas todas ellas con un color que predomina en esta época, el blanco, como intentando llenar de pureza y claridad lo que no hay por donde cogerlo. La simbiosis blanco/limpio está haciendo estragos y más de una depresión se está atendiendo clínicamente por no haber llegado un determinado ciudadano a gozar del «blanco de la moda». Desde el lavado más blanco de mi niñez, hasta el hombre blanco de hoy, apenas ha pasado una generación y contemplas cómo la compra compulsiva de detergente te hace pensar que las mil pesetas del sufrido hombre de Colón recogen la necesidad de un pueblo, de una familia que quizá las necesita..., aunque simbólicamente sea para comprar otro tambor de detergente y «no nos coja a todos desprevenidos el hombre que lo anuncia por la tele» y que merodea por nuestros barrios. Con el fenómeno paradójico

de lo que le ocurrió últimamente a este hombre en Sevilla: cuando estaba entregando las mil pesetas de consuelo, le robaron el coche blanco, en la denuncia simbólica más bellamente contada: no nos intentéis engañar con dinero, callar con pesetas, cuando nos quitáis la posibilidad de ser en nuestras vidas, metiendo por los ojos, a los jóvenes sobre todo, mil y un objetos que sabéis que nunca podrán estar a nuestro alcance. Toda una reflexión ante la compra compulsiva que nos amenaza constantemente.

LA NOTICIA

Lunes, 15 de Octubre de 1984

Poner el nombre

Es grandioso el ser humano. Tiene una historia digna de ser recordada en sus «momentos» más trascendentales. Poner nombre a los seres vivientes fue el punto de partida de una historia mal contada en nuestra infancia. Verán. En el relato de la experiencia humana del pueblo de Israel, que buscaba entenderse a sí mismo, haciendo las preguntas de siempre: ¿de dónde venimos, hacia dónde vamos y quiénes somos?, y que luego sería recogida por el cronista de la época, se citaba como responsabilidad única e irrepetible en el hombre la de poner nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo. Y cuando creyó que ya conocía todo sin necesidad de nada y de nadie, tuvo la oportunidad de dar el mejor nombre para la mejor mujer: Eva, porque «era la madre de todos los vivientes».

Casi siempre ha pasado desapercibido este relato bíblico en beneficio de la maléfica manzana o serpiente. Tamaño descuido ha incidido sobremanera en el entendimiento de los nombres, en la despreocupación de sus contenidos, en aras de una simbología de la época. Y hoy día, que todos reclamamos a gritos «llamar a las cosas por su nombre», en expresión popular, tenemos la gran oportunidad de rescatar el sentido primigenio de aquel hombre de la historia. Adán, que gozó de un privilegio que hoy exigimos por derecho propio. Mucho más en los momentos actuales de

vanguardismo y progresía mal digerida, donde damos nombre a los niños que vienen en aras de una «moda» o como resultado de la última campaña de la revista para los padres que premia los más originales. Si importante es poner nombre a las cosas, mucho más lo es ponerlo a las personas. Y aquí nos vamos a detener.

Hasta hace pocos años, cumplir con el santoral era rito imprescindible que sellaba el ciclo nacimiento, nombre de santo, juzgado, bautizo. Mariás y José han inundado la geografía española en un alarde de originalidad. Franciscos y Fernandos han sido casi siempre de segunda división, necesitaban el guión de la época siempre que daba al nombre compuesto un «orden» preestablecido.

Franciscos y José Antonios hay muchos en los años cuarenta. El régimen anterior se cuidaba también de bautizar a los niños de la posguerra. Mariás y José se compraban por veinte duros o «la voluntad» para poner «cristianos» a los niños africanos del «Domund». La preocupación de quedar «moros» era y es una pesadilla para determinadas familias. Muchos padres se han perpetuado a través del nombre de los hijos. Muchos actores, actrices, reyes, futbolistas, toreros, jefes de estado, patronos y patronas se perpetúan a diario en los libros de registro de los Palacios de Justicia. Sin dificultades. Pero una oleada progresista que avanza de forma imparable asalta los juzgados, sobre todo, poniendo nombres que no vienen en el santoral y que se encargan de sugerir el «bautismo» de siempre. No es extraño ver mezclada a Soraya con una

«María» que dulcifica el atrevimiento o un Aitor de sobrenombre José. Por no hablar de la «moda» de Iván, Israel, Teseo, Víctor, Antígona, Sonia o la Tamara/Taís de turno, que hacen las delicias del lugar en clave Peñafiel/Hola, Nueva/Ola/«La Revista».

Aunque tengamos que ser respetuosos con la época, no hay más remedio que reconocer que la acción actual de poner nombre a las personas no tiene que ver absolutamente nada con el mandato para Adán. Esa gran oportunidad de hacer de cada nombre un programa (así lo vive el pueblo de Israel), se perdió en los fuegos fatuos de la historia. Nuestros antepasados ponían los nombres a sus hijos de acuerdo con un programa «dialogado» con Dios, es decir, en los hijos se quería proyectar un deseo compartido por el amor. Si a un niño hebreo se le pone Rafael, no es por agradecimiento al arcángel de moda, sino porque Dios ha sido como una «medicina» para la pareja. Si una niña se llama Ruth, será como homenaje a la amistad de todos. Cada vez que cojamos en brazos, por ejemplo, a Ruth, «nuestra amiga», recordaremos el programa para ella: nos comprometemos en la amistad, no necesitamos sacralizar el nombre. Esas eran las vivencias del pueblo hebreo. Cada nombre un programa, cada hijo/a un proyecto de vida enmarcado en el símbolo de cómo le llamamos. Nuestra cultura actual vive muy lejos de esta realidad, pero sería importante recuperar estos valores históricos, para encontrar nuevos significados a la creación en general.

A mí siempre me ha gustado sobremanera la historia de una pareja bíblica que se plantea el nombre como respuesta a una experiencia de crisis «matrimonio». Elcaná y Ana son la pareja feliz; son capaces de compartir el amor junto con una mujer más, aprobada por el rito de la época: Peninná. Es más, debido a la esterilidad de Ana, Elcaná se vuelca sobre Peninná «porque le da hijos». Ana se esconde por los rincones llorando su esterilidad y Elcaná la busca en el mejor acto de amor de la historia: «No llores mujer, porque mi amor es mejor que diez hijos...» Se unen, conociéndose, naciendo un niño con nombre de agradecimiento, Samuel, que en hebreo significa: «pedido a Dios». El nombre cobra tanta importancia como cumplir posteriormente con el rito: se había pedido un hijo y nace. Todo lo demás refuerza la importancia del acto: hay que llevar en agradecimiento un novillo de tres años, una medida de harina y un odre de vino. Para rematar la fiesta, como hacemos por aquí, porque todo es importante en la viña del Señor. Samuel siempre será un acto de afirmación, de fidelidad progresista de una pareja revolucionaria en su época que, entre otras cosas, supo llamar al niño por su «nombre»...

LA NOTICIA

Lunes, 22 de Octubre de 1984

La crítica constructiva

El debate sobre el «estado de la nación» ha brindado a la democracia española una gran oportunidad de crecer en crítica constructiva. Precisamente algo necesario en nuestro país para poder hacer caminos, juntos, en la búsqueda de una identidad democrática que crezca en las aulas, familias, grupos de amigos y partidos políticos. Lo de menos es la OTAN, el paro o el «deterioro de la seguridad ciudadana» ante los ojos de millones de telespectadores o lectores. Lo de más es la posibilidad de creer en el diálogo y en las palabras, cuando vivimos unos momentos que necesitan de esa capacidad de crítica que tan bien asimila el español de a pie.

Pero la tradición celtibérica avanza por otros derroteros. Nuestro país se ha caracterizado siempre por ver pajas en ojos ajenos y difícilmente vigas en el suyo. La capacidad de crítica se suele centrar, casi siempre, en los aspectos negativos que afloran en mil circunstancias que rodean a las acciones humanas. En las aulas de nuestra infancia se solía asimilar la «crítica» como algo negativo, interpretado en sentido peyorativo, dado que como todo estaba tan bien pensado, atado, calculado, establecido, preparado, era impensable «criticado». Todavía hoy perduran estos pensamientos y sentimientos respecto a la crítica y, como siempre, debido al abandono del sentido primigenio de la crítica en la cultura griega, donde «criticar» era enjuiciar y,

«estar en crisis», tener la capacidad suficiente de someter a juicio todo aquello que me rodea. Como se ve, bastante lejos del concepto actual se desarrollaron esas acepciones que, hoy, merecerían ser rescatadas con urgencia existencial.

La capacidad de crítica, por otra parte, no se improvisa. La crítica nace del conocimiento de las cosas, de llegar hasta la raíz de los actos humanos, de saber lo que realmente acontece en una situación determinada, en el análisis de la realidad, tal y como es y no como nos la cuentan. Es descender a la plaza, como dicen los italianos en un giro muy de la piel de toro, rastreando la verdad de las palabras que pronuncian los hombres. Y para que la crítica goce de salud mucho tiempo tiene que desarrollarse en un clima permanente de libertad, en clave de sentido de responsabilidad.

Para que todo se entendiera aún mejor bastaría poner algunos ejemplos. En Huelva se habla mucho del descubrimiento de América y poco del descubrimiento, día a día, que debe hacer la provincia para encontrarse a sí misma. La capacidad de crítica acerca de «los hechos memorables» debe partir rigurosamente de una explicación hasta las últimas consecuencias de lo que supuso el sufrido evento. Explicación en las aulas, salones de actos, diarios, publicaciones diversas y programaciones radio-televisivas. Ser rigurosos igualmente con las repercusiones del «magno acontecimiento», criticándolo, que como habíamos quedado en su acepción más primigenia, significaría

«someterlo a juicio». De esta forma, la generación que ahora estudie y reflexione sobre el "protagonismo" de Huelva en el Descubrimiento, será capaz de poner las cosas y las «carabelas» en su sitio, sin «agravios comparativos» que valgan, puesto que la «crisis» que en la actualidad atraviesa servirá para construir identidad provincial, historia y cultura autóctona, sin necesidad de estar gritando a los cuatro vientos la salida de Palos. Simbólicamente hablando, tendríamos que ir soltando el lastre de la marginación a la que nos sometemos casi sin darnos cuenta, para ir adentrándonos en el mar de tareas inmediatas y puntuales que Huelva requiere. Huelva se habría autocriticado cuando mirando al nuevo mundo en el año 1992, pudiera presentarse con menos tasas de analfabetos, menos contaminación «ambiental» en el amplio sentido de la expresión y más conciencia histórica, tal y como se plantea en cualquier examen de la realidad. Su tradición minera y marinera debe ser divulgada en actitud «crítica», pues crítica es su situación. Trabajar en el horizonte de los próximos años respecto a sus fuentes de riqueza será la mejor contribución al neodescubrimiento onubense y para ello es necesario trabajar la creatividad en todas sus posibles manifestaciones, partiendo del conocimiento puntual del «estado de la provincia». Cruzar opiniones y tesis contradictorias supondría un enriquecimiento asombroso en la tarea ingente que tenemos por delante, pero en dinámica constructiva. Huelva necesita que se crea en ella. Huelva tiene que acabar paulatinamente con su desmantelamiento multiselular. Huelva no son unos pocos,

con capacidad de asociarse. Son «unos muchos» con interés de autoconocerse, autocriticándose, para que nadie venga a sacarle las castañas del fuego. Y eso no se reivindica desde poltronas más o menos confortables, sino en el trabajo serio y eficaz de todos los días, en esa espera y esperanza de que los onubenses hagan crisis de sus tradiciones inveteradas y vayan a la búsqueda de nuevos derroteros.

Entrar en crisis es necesario. Es más, deseable. Incluso, simbólicamente no sería bueno salir de ella, porque supondría aletargamiento, dormirse en los laureles de la historia. Entre otras cosas, para destruir siempre hay tiempo. Los agoreros de turno aparecerán cuando menos lo esperemos, en las claves más sofisticadas que podamos imaginar. Son cientos los que machacan al vecino histórico, próximo o lejano, da igual, en aras de «analizar la realidad». Y son ellos los que despreciando la capacidad de autocrítica te dibujan un país, una región, un esquema de enseñanza, de familia, de convivencia con las «artes» de la seguridad. Ante estas previsibles situaciones se impone el ojo avizor, que sea capaz de escudriñar la conciencia histórica de nuestra sociedad, consecuencia de ella misma.

Decía al principio que el mensaje fundamental del debate sobre el «estado de la nación» nos había enseñado a creer en la «crítica». ¡Ojalá sepamos transmitir con calidad humana y prescindiendo de siglas y nombres propios, el lenguaje de la democracia! Será señal evidente de que hemos entendido a la perfección que es posible no estar de acuerdo con el otro en muchas cosas pero, por encima de

todo, creer en el respeto a la visión del mundo que tengan los demás, aunque este se nos escape de las manos, como le pasaba a Colón en el siglo XV de nuestra historia onubense.

LA NOTICIA

Lunes, 29 de Octubre de 1984

Religión y poder

Estamos asistiendo últimamente a un reverdecimiento del fenómeno religioso como respuesta a la situación desconcertante del «puzzle» mundial. La campaña para las elecciones americanas ha sido un fiel reflejo de esta realidad. La crisis nicaragüense deja entrever una dialéctica imparable de la relación religión-poder. La muerte por asesinato de Indira Gandhi demuestra palpablemente que con la religión de los «sijis» no se juega, mucho menos cuando se utiliza el fuego real del mes de junio. Estas tres manifestaciones «críticas» exigen una reflexión seria y pormenorizada de cada una de ellas, máxime cuando está en juego la espera/esperanza de millones de personas que se miran allí como en un espejo.

Estados Unidos ha comenzado a dar una lección mundial de «saber hacer» con la religión. Toda época de depresión económica coincide secularmente con el florecimiento del fenómeno religioso, es decir, cuando te falla la lógica de la vida enmarcada en el dólar de Mr. Marshall, hay que recurrir necesariamente al fenómeno de lo difícilmente explicable como consecuencia del desencanto existencial. El canto actual al culto y al rito global, son un toque de atención sobre la «pretendida» necesidad de volver al redil exacto y confortable. Si además, se adorna el referido culto con la presencia de los líderes de turno, mejor que mejor. Todo ello refleja la necesidad de seguridad que tiene el ser

humano. La experiencia terrible del paraíso no radicaba en la manzana, sino en la soledad humana. Luego de ahí parte la necesidad de proclamar la masa, la multitud, el anonimato para «despistar» a cada individuo del encuentro consigo mismo, incluso para «votar» conscientemente y no «manipulado» por intereses nada claros. Y todo ello gracias a un toque de sublimación en torno a los valores tradicionales de «siempre»: familia, autoridad y religión. Del catecismo de Reagan ya se han hecho muchas ediciones para «conversos»: ya que nos saca del atolladero económico, ahora a disfrutar de la vida que sólo son dos días, sin complicarse la vida, que para eso ya hay muchos «sinclair spectrum» en la realidad física de cada uno. Contando que además la sublimación también está programada por el «creativo» de la campaña, no nos queda más que pensar que la reelección está servida. Ha reflotado el dólar, ha reflotado la fe (?) y además nos ha pretendido dejar a todos contentos. No se puede pedir más: tenemos poder de Reagan para rato, incluidos los manuales subversivos de la CIA, que nos lo quieren hacer ver como el «adalid seráfico» de aquel continente y de aquellos estados «dejados de la mano de Dios», pero ni mucho menos de la de ellos.

Siempre he pensado las dificultades que se tienen que dar a diario en Nicaragua para explicar al pueblo sencillo la dialéctica «reino de Dios»/«reino de este mundo», mano amiga/fusil ametrallador. Escoto, Cardenal alfa y Cardenal omega, lo tienen difícil con su pueblo. La isla de

Solentiname, rincón del ministro culturizador, no es Nicaragua. La guerrilla sandinista lucha por identificar el auténtico retrato colgado en sus despachos o en sus medallas sobre el pecho guerrero: Sandino o Jesús de Nazareth. Esta dialéctica simbólica es mucho más radical en un pueblo sencillo y recién salido del analfabetismo global como el nicaragüense. Cuando se empieza a pasar hambre, la fe flauea, el desencanto aflora. Es el mejor caldo de cultivo para la contrarrevolución. Y tener que elegir entre Sandino o Jesús de Nazareth se convierte en la estrategia «contra». La capacidad de sublimación aguanta hasta que el cuerpo aguanta o tu fe soporta. Cuando esta última falla, máxime en un pueblo profundamente religioso, cualquier salida presentada por los «mesías hondureños»/«contras» puede ser equivocadamente, la mejor de las soluciones a tanto desconcierto. Afortunadamente, los «pastores/ministros» lo saben y ya se han preocupado de informar hasta la saciedad del riesgo. Pero trabajar en libertad te obliga a asumir la difícil tarea de soportar la vejación de la ignorancia/incultura. Por tanto, Sandino y Jesús de Nazareth son importantes, los dos. Quizá porque a ninguno de los dos les gustó el poder terrenal como se entiende hoy, sino la lucha de clases en favor de los «humildes de la tierra», los pobres del Señor en frase que le gusta a Ernesto Cardenal:

«Quebranta Señor su guardia secreta / y sus Consejos de Guerra / Que su fuerza militar no pueda ser hallada / Porque tú eres quien gobierna por los siglos eternos / y

o yes la oración de los humildes / y el llanto de los huérfanos / y defiendes a los despojados, los explotados».

El magnicidio de la India nos lleva a una reflexión cargada de contenidos culturales, ancestrales. Del total de la población india, el ochenta y cinco por ciento practica la observancia hindú, el diez por ciento practica la religión musulmana y el resto se reparte entre las restantes confesiones, «sijs», cristianos, parsis, etc. El hecho de haber asesinado la religión «sij» a la religión hindú, hay que interpretado como un serio aviso de que el poder de la religión armada está ahí, que no hay que olvidado. Quizá este fenómeno nos resulte hoy extraño pero un repaso rápido sobre la historia de las religiones nos demuestra fehacientemente que nuestros antepasados han sido guerreros en todas las latitudes. Negar esto es negar la evidencia de la historia. Lo relevante puede ser la reaparición de estas manifestaciones que ya creíamos superadas. La parafernalia musulmana, enmarcada en un fanatismo atroz, ha sido la antesala de la muerte por poder, en clave de autoridad dictatorial. El escenario de la guerra fratericia en el Líbano es demostración palpable de que el evangelio no está reñido con las armas más sofisticadas del momento. Todo el secreto radica en que se dé la consigna de la nueva reinterpretación de las armas evangélicas o musulmanas y ya tenemos la patente de corso para disparar contra el hermano, Visto desde el sillón de la democracia y la tradición europea esto se nos hace «francamente insopportable». Visto desde el hambre y la miseria de los

países no alineados o manipulados por el Gran Poder las cosas cambian.

Con la muerte de Indira Gandhi se demuestra palpablemente que la religión tiene un puesto muy importante en el cosmos. La dificultad estriba en la demarcación desde donde podamos hablar de amor y manos tendidas por un lado y fusiles AKA 47 por otro. Aunque estos últimos lleven al «poder y la gloria».

LA NOTICIA

Lunes, 5 de Noviembre de 1984

Cien días de soledad

Unas de las experiencias más duras que puede sufrir el hombre en el ecuador de su vida es la de la soledad. No es una expresión dramática para atraer la atención del lector, no. Es el striptease ético de una ideología subyacente en el proyecto personal del periódico «LA NOTICIA». Hoy cumple cien días desde la aparición del número «0». Durante tres años se han ido fraguando proyectos e ilusiones de cara a la transformación de la cultura onubense. Hemos pretendido ser la alternativa a una empresa de estado o confesión determinados, a las que desde aquí profeso un gran respeto, profesé en un caso. Todo el mundo habla de la especial idiosincrasia de la sociedad de Huelva, cuestión que por profesión y vocación me interesó estudiar, experimentar. De cara a los medios de comunicación social, las expectativas de audiencia potencial siempre fueron desalentadoras, no por opinión personal, sino por constataciones más o menos autorizadas, llámese «gabinete de asesoramiento comercial» o «centro de estudios de massmedia». Todo estaba preparado para ser la gran alternativa desde una mentalidad progresiva y pluralista. Todas las miradas podían estar expectantes ante el hecho evidente de la puesta en funcionamiento de un nuevo medio de comunicación social que siempre es síntoma de un buen estado de salud cultural. Todo se esperaba...

A los cien días de la salida del primer número de la rotativa es necesario hacer una reflexión en alta voz, que sirva como intercambio de impresiones desde la óptica de la prensa escrita de un proyecto que siempre estuvo cargado de ideología transformadora en el más puro sentido de la undécima tesis contra Feuerbach: la filosofía no se puede quedar en admiración de las cosas, sino en transformación... y no vamos a secuestrar al autor de la misma: Marx. Los medios de comunicación social han tenido que entrar en la dinámica de la economía de mercado existente en la trastienda americana, que somos todos. Creo, por ello, que hemos perdido los papeles de transformación cultural al tener que pagar altas cotas por el «equilibrio económico» que tabula el poder adquisitivo. La dependencia de la publicidad es uno de los pilares básicos de la financiación de un periódico. Esto lo dicen los mejores manuales de periodismo y publicidad; nadie lo niega. Pero aquí es donde está la cuestión de fondo y asombrosamente paradójica: necesitamos del capital para luego dar una cultura crítica e innovadora que transforme el periódico de un mero valor de consumo a un valor de uso. Esto, hoy por hoy, se hace prácticamente imposible. De ahí que tengamos que tener unas tragaderas propias de Gargantúa que nos permita hacer la «vista gorda» ante los anuncios que irónicamente sustentan el periódico.

Estos son matices de soledad. Como también lo es que la llamada gente progresista de la provincia se traduzca

numéricamente a tan pocas personas. He dicho numéricamente, no «económicamente». Es una constatación de que la participación celular en proyectos de reconversión ideológica no es tarea fácil en estos momentos de «confusión americana». Es el gran reto para nuestra provincia, para la región, el país. Y es al mismo tiempo una honda preocupación por la repercusión que puede tener cara al progreso de la cultura en nuestra provincia. Caería en el mismo error denunciado si propusiera desde estas líneas una campaña algo así como «tres por uno», es decir, que por cada comprador del periódico se buscaran otros tres. No, nada de eso. No existe en principio proposición alguna. Sólo la capacidad y el convencimiento de que desde «LA NOTICIA» se va a poder estar más cerca de una lectura progresista de la sociedad en general, con la mera participación simbólica, porque no deja de ser simbólica, de las cuarenta y cinco pesetas como contraprestación. Si además agregamos un valor de uso que ayude a debatir la «opinión», conocer los entresijos de la ciudad y la provincia, acercarnos a lo fundamental de los episodios nacionales o el espectro internacional, junto con buenas dosis de Touriño deshojando la margarita, horóscopos alentadores y columnas que se caen por su propio peso, conoceremos con nombre y apellidos a las personas que están en el telón de fondo del periódico, que luchan día a día por ser diferentes en la información, con dificultades de todo tipo que sólo se superan por «entender» el proyecto participando de «goteras», esperas ante la rotativa o

desesperanza ante el componente electrónico que se fue o la noticia que no vino... Torpeza en la configuración de una empresa que nos sobrepasa por mentalidad y soledad en los kioscos de cada ruta, cuando al recontar las devoluciones empiezas a sentir el miedo de seguir existiendo.

Todo el microcosmos del periódico merece ser conocido. El esfuerzo de las personas que día a día trabajan «LA NOTICIA» debe ser recompensado, conformándonos con saber que sirve para transformar poco a poco la ciudad y la provincia, siendo compañeros de viaje de otros proyectos de Huelva, respetables pero no compartidos. Si a esto podemos agregar el aunamiento de voluntades para que el proyecto siga adelante, mejor que mejor. Al fin y al cabo el progreso se mide por la compañía ideológica, más que por la sociedad anónima, para que algún día, no lejano en el tiempo, podamos pasar a la historia de la provincia en una crónica positiva de Gabriel García Márquez.

LA NOTICIA

Lunes, 12 de Noviembre de 1984

Corazón de mandril

He seguido muy de cerca la apasionante aventura médica de Baby Fae, la niña a la que se le trasplantó un corazón de mandril. Como estudioso de la ética médica y de la antropología, he recopilado bastante información sobre todos los pormenores de la intervención y de la polémica desatada desde diversos sectores de opinión mundial. Analizando los hechos desde una perspectiva objetiva, que es desde donde podemos establecer el auténtico diálogo científico, aparecen dos hechos relevantes por sí mismos: la interrelación hombre-animal y la desmitificación de los lugares sagrados, tales como el «corazón» o los «riñones». En el primer supuesto ya a nadie se le escapa de las manos el progreso científico en el conocimiento de la citada interrelación. Desde Darwin hasta la psicología de la conducta actual más sofisticada, se ha avanzado considerablemente en la aceptación sin ambages de la dependencia animal que subyace en todo acto tipificado como «humano», aunque no estemos en total acuerdo sobre la eliminación del «mundo debajo de la piel» que diría Skinner. La aparición en la palestra mundial del *pithecantropus erectus* como primera versión del hombre actual tipificado como «normal» (semplicitas, que diría Fernando Savater...), ha desembocado en crear nuevos recursos de los denostados «monos», por decirlo en lenguaje vulgar, como ha sido el caso de Loma Linda,

donde el cirujano Bailey se ha enfrentado con medio mundo (el otro medio se debate en problemas de hambre y guerras fratricidas que les llevan a ignorar estas polémicas de alto copete...) por la intrepidez de su intervención quirúrgica.

Baby Fae se va a convertir en el centro de todas las polémicas científicas y morales, entendiendo por este término algo muy concreto de determinadas confesiones y códigos trasnochados de deontología profesional en versión moderna. Sobre todo porque hablamos de algo muy sensible para la opinión pública: el corazón. Pasados ya los ímpetus sudafricanos de Barnard, el mundo había comenzado a respirar con cierta tranquilidad por la consideración científica de que antes de proceder a intervenciones de este tipo hay que agotar todo el campo experimental en el reino animal. Si además observamos atentamente el nuevo zoologismo que impera en sociedades burguesas que habiendo superado el hambre humana comienzan a gritar el hambre de los animales, podemos deducir de todo ello que estamos empezando a coger el rábano por las hojas. ¿Por dónde empezar?, pues por Baby Fae, que además ha muerto. Creo sinceramente que la época del corazón como reducto de la quintaesencia del ser humano ya ha pasado, aunque la sabiduría popular siga defendiendo en la frase «no tiene corazón», la raíz de todos los actos bondadosos del hombre. Junto a ello, la nueva era de las asociaciones contra la vivisección, que preconizan la no investigación a partir del conocimiento de las entrañas

animales, comienza a ser preocupante en un mundo donde los derechos humanos brillan por su ausencia. Si los seres vivientes tienen que estar al servicio del hombre, nada mejor que utilizarlos en su propio beneficio de salud. De otra forma podríamos comenzar una lucha maniquea respecto a todo aquello que hoyes beneficioso para el hombre, pero que no debería ser tocado ni matado porque pertenece al reino animal. Sería hacer del mandril una vaca sagrada, para entendemos. O condenar a un ser humano a no vivir en aras de la no experimentación con el cien por cien de éxitos. Si Baby Fae iba a morir irremisiblemente, porque la sabiduría humana no tiene todavía recursos en la actualidad para detener esa muerte, no creo que sea un atentado hacer lo indecible para que la ciencia avance, no a costa de la niña, sino de ese tipo de intervención donde el riesgo es idéntico al de la espera de la propia muerte.

Tengo la impresión de que más que preocupación por la intervención en sí, el miedo viene por el mandril. ¿Cómo se puede admitir esto? Una vez más repetimos las diatribas multiseculares de la interrelación hombre-mono, porque la discusión no es en ningún momento inocente. Preocupado por el «fondo de la cuestión», he procurado conocer cómo es el mandril y me he encontrado con un perfil biológico bastante curioso: «Vive en las selvas africanas del Senegal al Congo, en grandes manadas conducidas por machos viejos y es muy feroz e inteligente...». Para los escandalizados, el corazón de mandril aparece como respetuoso hacia la senectud, vulgo vejez o tercera edad, es bastante agresivo y

surte de inteligencia al ser humano. Con este perfil por delante yo me apuntaría a un estudio concienzudo de nuestra raza actual en su desarrollo filogenético, porque me da la impresión de que este mandril no va mucho más allá del hombre de Arizona o de cualquier pueblo, barrio o calle de nuestras ciudades. Con la ventaja del mandril sobre nosotros de que es respetuoso con las personas mayores, no se le para ninguna «mosca» encima y además utiliza la razón para muchas cosas. Uno, que siente la nostalgia de sus antepasados, no puede resistir la tentación de apuntarse a algún trasplante simbólico, porque el corazón que te permite tener la sociedad actual se endurece con una facilidad pasmosa, se hace cada día menos sensible ante los auténticos problemas humanos, soledad, paro, hambre, tortura, persecución, invasiones más o menos anunciadas y explosiones nucleares que, curiosamente, están pensadas para no dejar títeres con cabeza, que, no nos engañemos, somos nosotros, los portadores de corazón. Yo creo que debemos estar eternamente agradecidos al Dr. Bailey, porque nos abre un futuro esperanzador en cuanto al respeto y posibilidad de que algún filum genético nos permita ser mejores personas. ¡Casi nada al aparato, digo, al quirófano...!

LA NOTICIA

Lunes, 19 de Noviembre de 1984

Vicios privados, públicas virtudes

Uno de los compromisos más inmediatos de la democracia española es la «moralización» de la función pública, política, económica, social y religiosa. Estamos asistiendo a un espectáculo diario de exposiciones más o menos grandilocuentes en las que se juega sin el menor escrúpulo con los valores esenciales de la democracia, que les son propios y que hoy, los nuevos «demócratas» de toda la vida, los intentan descafeinar pasándolos por el túnel del tiempo de la modernización.

Para demostrar esta situación, preocupante en grado máximo, porque se nos roban las «palabras» a diario, palabras grabadas a fuego durante la democracia orgánica, ahí están, por ejemplo, los vocablos ética, moral, justicia, verdad, libertad, paz, la misma «democracia», revolución, derechos y deberes, igualdad de oportunidades, huelga, manifestación, elecciones y un sinfín de palabras recuperadas para el argot diario de las calles y plazas, que son utilizadas de la forma más impune sin recabar en la profundidad de sus contenidos y en la dimensión de espejo que conllevan al ser pronunciadas por personas que constituyen la representación de la sociedad. Hoyes fácil escuchar en los ambientes más insospechados una recua de palabras «nuevas» en nuestro país como si se hubieran vivido toda la vida, valga la redundancia, cuestionándonos de principio quién las pronuncia y por qué lo hace.

Normalmente los autores de tales desaguisados históricos suelen ser los resentidos de toda la vida, demócratas de nuevo cuño que además suelen pasar por prohombres o promujeres de intachable conducta moral y luego no hay por donde cogerlos. Si escarbas además en determinadas instituciones te encuentras de pronto con vicios privados que son tildados de devaneos o escarceos amorosos o dinerarios, que se soportan sin sonrojo por ser protagonizados por ciudadanos libres de toda sospecha, seres adornados de públicas virtudes, de talla internacional.

Hace muy pocos días, un rotativo muy prestigioso del país, recogía la información de los éxitos, en el sentido que comentamos, del juez siciliano Giovanni Falcone, que llevó a la cárcel al «primer democristiano de la historia, acusado pública y oficialmente de mafioso: el ex alcalde Vito Ciancimino». Decir en Italia «democracia cristiana» es hablar de inviolabilidad del concepto y defensa a ultranza de las «palabras» enumeradas anteriormente. Aquí en España necesitamos varios Falcones para denunciar entuertos de toda la vida en los que Matesa, Sofico, Uteco y Rumasa han sido meras puntas de icebergs. Y esto por hablar de lo «aparatoso» del tema. Si descendemos a terrenos más cercanos podemos descubrir lo que no está en los escritos en campos tan sensibles hoy la opinión pública como el tráfico de drogas, el submundo del juego de alto copete, la adulteración de los alimentos, el contrabando de nuestras costas, el anquilosamiento de las mentes de los que teóricamente nos salvaguardan el orden y la paz ciudadanas.

Suelen ser hombres adornados de todas las virtudes que pueden figurar en el mejor manual de cómo corromper a cualquier ciudadano, en los que tristemente se suele mirar el pueblo más sencillo.

El mayor éxito de la democracia establecida es haber podido dar información de unos cuantos temas escabrosos en la mayor parte de los casos. Todavía queda mucho camino por recorrer en este sentido, porque la opinión pública sigue siendo muy sensible con estos temas, máxime cuando se deposita confianza en instituciones y personas que están «obligadas», por decirlo de alguna forma, a salvaguardar estos principios. Hay que reconocer, por otra parte, que la labor de denuncia que debe hacer el ciudadano todavía no es vivida como tarea obligada de moralización personal e intransferible de la parte de sociedad que le corresponde a cada uno. Esta tarea celular es la que debemos iniciar cada día que se observe una corrupción cerca de nosotros. El factor miedo debe ser superado en la confianza de una solidaridad en la denuncia, dado que al ser muchos los denunciantes, menor será la capacidad de los «mafiosos» de siempre para intimidar a la «víctima». Superar este complejo es tarea obligada de todos, aunque cueste en algún momento «sangre», porque nos jugamos mucho: la propia estabilidad de la democracia, la salud de muchos jóvenes, el dinero que hace falta para repartir entre todos los españoles, la credibilidad de las instituciones públicas y privadas y la vivencia a diario del sentir democrático, en el más pleno sentido de la palabra. Quizá, con una tarea

sentida en estos derroteros podamos empezar a construir un nuevo estado de la nación, donde el propio Gobierno se sienta respaldado por la confianza de quienes conscientes del daño del silencio de los vicios privados de los mafiosos de siempre, que dejan traslucir únicamente las públicas virtudes de los que se pasan la vida pontificando el bien y el mal de nuestra sociedad, comienzan a trabajar en la denuncia contundente de quien transgrede la ley y las costumbres de nuestros pueblos. Caiga quien caiga, porque ya son muchos los que han perdido la necesidad de vivir dignamente, gracias a los vicios privados y a las públicas virtudes de los de siempre. Para tranquilidad de ellos, habría que decirles inmediatamente que sabemos quienes son, no por arrogancia, sino para desenmascararles en su propio terreno, por muy «intocable» que sea.

LA NOTICIA

Lunes, 26 de Noviembre de 1984

Pier Paolo Pasolini

El doble nombre apostólico siempre fue un escándalo en el círculo cinematográfico de Pasolini. Este hombre desconcertante, despiadadamente sincero consigo mismo, firme en su interpretación del sexo, más allá del bien y del mal, se quedó sólo ante el peligro de la vida romana, boloñesa, la de su ciudad natal. Traer el recuerdo de este polifacético autor es obligado en el marco del cine que pretende dar respuesta a su expresión del título de crédito, semana de compromiso al llevar el adjetivo iberoamericano. Pasolini no era ni ibero, ni americano. Era un hombre comprometido con el cine, con la cultura de su época, con el lenguaje del proletariado de las «borgatas» romanas, nuestros suburbios menos presentables. Pero se hace presentable en esta semana por su actitud de compromiso digna de ser asumida por los espectadores de estos momentos.

Pasolini creó una escuela digna de ser explicada. Partiendo de su modo de ser de su manera, luchó por rescatar el lenguaje cercano al cine del proletariado. Nadie se puede imaginar, sin cierta sorpresa, a Pasolini cerca de Vittorio de Sica. Quizá esta dialéctica del costumbrismo italiano, llevó a nuestro autor-director de escena a comprometerse a través del cine, medio de expresión desconcertante en nuestra sociedad contemporánea. Dentro de la línea de Gremlins, Superseres de ambos sexos, guerras de galaxias, E.T. y

otros productos made in USA, es difícil hablar de compromiso cinematográfico. Por ello, este matiz necesita ser rescatado para nuestra sociedad dormida, insensible ante guerras fraticidas muy cercanas, hambre a dos pasos y encuentros en la tercera fase del mundo que amenazan con desestabilizar el planeta de países alineados.

La dialéctica pasoliniana estaba precisamente en esa denuncia de la corrupción personal de la moral establecida, farisaica en la mayor parte de las ocasiones. El canto en su obra al hombre total, belleza cósmica, verdad acrisolada por el amor a los cuatro vientos, la denuncia de todos los totalitarismos, incluido el del amor establecido en normas legales, más o menos vigentes, es un magnífico título de crédito para una obra jamás filmada: la de la vida de cada uno en el compromiso sencillo/difícil de existir siendo copartícipe, compañero de los desposeídos de la tierra, los pobres del Señor, que él gustaba llamar, imbuido en un marcado carácter sacral en su fotocomposición diaria de la vida, real como ella misma.

La oficina católica internacional del cine entregó a Pasolini su reconocimiento a través de un premio, por una obra jamás entendida desde la Institución: «Teorema». La posibilidad de que el Espíritu Santo entrase en cada uno de nosotros se constituyó en el móvil del premio. Cuando se descubrió que Pasolini volaba más bajo que el espíritu, la institución se arrepintió y explicó a los cuatro vientos su voto. El anatema estaba servido. En definitiva muy poca gente había entendido el mensaje real: no es necesario

invocar a los espíritus para llenarse de amor en vida, cualquier amor. Que el mundo necesitaba amor por los cuatro costados no exigía un premio, sino que las mentes cerradas lo entendieran. Ahí está el compromiso de un certamen, de una semana, por decidido en lenguaje actual. El mensaje subliminal de Pedro o Pablo, ¡qué ironías de la vida!, fue precisamente el de desenmascarar la podredumbre de los fuegos fatuos de la sociedad vigente, donde lo importante no es el «Oscar» o la «estatuilla de turno», sino el reconocimiento de un colectivo ante el mensaje expresado.

Votar por la vida es lo difícil. Votar por la existencia en el compromiso es el reto de los espectadores del mayor espectáculo del mundo. La ampliación de las semanas, jornadas, congresos, certámenes, bienales, festivales y demás encuentros colectivos se expresa en el acontecer diario del a posteriori. El mensaje premiado debe ser el hilo conductor de ese compromiso con el cine. Quien ha visto, por ejemplo, «Desaparecido» es consciente de que el cine le está pidiendo levantarse del asiento y denunciar a los cuatro vientos la injusticia de Iberoamérica, expresada en un país muy concreto, Chile, donde la represión sigue teniendo la misma taquilla de los estadios llenos de presuntos alborotadores y desestabilizadores del régimen. ¿Qué se premia entonces en un festival? ¿La estética o el mensaje? Quizá hoy necesitemos más del mensaje que de la estética, aunque en los lenguajes revolucionarios siempre ha existido esa simbiosis. Pasolini, que llenaba los cines por sus

mensajes, no por su respeto al amor sublimado, es hoy día un testimonio eficaz frente al inmovilismo latente y manifiesto. Su testamento espiritual, «Saló o los ciento veinte días de Sodoma», no deja lugar a dudas: el totalitarismo, el fascismo siempre está despierto y hay que combatido, aunque haya que utilizar imágenes muy duras, porque de esta forma salen a la luz las atrocidades de un sistema que guarda todo en el silencio, para que nadie pueda utilizar las palabras, ni la expresión de los ojos que ven y obligan al corazón a sentir.

En Roma tuve la posibilidad de asistir a un festival en torno a la figura de Pasolini, de su pasión y muerte. Era el mes de noviembre de 1976. Hacía un año que habían asesinado su persona, su mensaje. Pelosi, su asesino, que seguía manifestando a los periodistas de «crónica negra» su no arrepentimiento por el fondo y la forma de matar a Pasolini, arrancó del pueblo una seria afirmación: al fin y al cabo, Pelosi era fruto de la miseria fotografiada por Pasolini, se le puede justificar el crimen. A mí me daba la impresión de que no entendíamos nada del autor. Por eso creo que su muerte, su obra en vida, pueden ser un revulsivo para Iberoamérica, en lenguaje de imágenes servidas por un cine comprometido. De lo contrario, como en las mejores películas de ficción, cualquier parecido con la realidad del mundo marginado de hoy, va a ser pura coincidencia. Estas palabras son las que deberían desaparecer de los títulos de crédito de hoy, para que

precisamente el cine ganara en eso, en crédito y verdad comprometida.

LA NOTICIA

Lunes, 3 de Diciembre de 1984

¡Bienvenido, Mr. Anderson!

Dentro de unos días todo volverá a su normalidad habitual, si es que en la India algún día es normal, dentro de tanta hambre y miseria como la circunda por todas partes. La ciudad de Bhopal, segundo gran aviso al mundo de las paradojas del desarrollo tecnológico actual, intentará reconstruir la vida en su sentido más estricto. Hombres, mujeres y niños tendrán que recuperar las ganas de vivir después de ser testigos de una tragedia servida en color por las grandes cadenas de televisión del mundo. Todos hemos podido comprobar en directo cómo se fabrica la muerte y las deformidades a pocos metros de casa. Para consuelo de la humanidad en general, parece ser que las madres gestantes van a vivir la incertidumbre de sus futuros hijos, a los que al menos se les garantiza la conservación de un único sentido: el gusto. Tremenda contradicción en una población atacada precisamente por el hambre y el desconcierto de seguir viviendo.

La insensibilidad humana alcanza límites preocupantes. Ya pueda hundirse el mundo de al lado, que mientras no afecte mis propios intereses humanos no voy a entrar en auténtica crisis de solidaridad.

Todo quedará en una cuenta corriente y en la clásica ropa usada, lavada y planchada «pret-á-porter en clase pobre» para «ayudar» a un pueblo «que se debate entre la vida y la

muerte». Desgraciadamente y con el más puro sentido sarcástico del humor americano, «podemos construir la tecnología, podemos calcular los riesgos (sic), pero no podemos predecir la reacción de la gente, ya sea por falta de educación o por incompetencia. Siempre existe el imprescindible factor humano». Esta frase de tacaño almanaque la ha pronunciado Marcel LaFollette técnico del Instituto Tecnológico de Massachusetts y de la Universidad de Harvard. Según su interpretación, el factor humano tiene la culpa de todo. Verdaderamente, de vergüenza. ¿A qué ciudadano de Sanjuánico o Bhopal se le ha pedido parecer u opinión sobre la instalación de fábricas mortíferas a su alrededor físico? A nadie. ¿Qué técnico de estas fábricas tiene la patente de corso para no errar? Ninguno. Luego la conclusión es obvia: se tendrá que discutir la «necesidad» de mantener este tipo de fábricas o a lo sumo, enclavarlas en lugares de máxima seguridad mundial, si es que queda algún sitio seguro en el planeta. Pero echar la culpa al sufrido y nunca bien ponderado factor humano parece demasiado. Siempre se aprende perdiendo, pero pérdidas de esta envergadura no justifican ni tan siquiera al refrán.

Y sociológicamente nos sorprenden los dos lugares donde se han producido los dos grandes desastres en el espacio de días: ciudades y extrarradios de macro-micrópolis donde se concentra normalmente la pobreza. Sanjuánico y Bhopal se entienden a sí mismas por ser lugares donde la fuerza del desarrollo se mide por el autoritarismo de sus chimeneas y

grandes depósitos. Una tímida valla metálica y letreros tipo de «toxic» con llama y calavera incluidas, «avisan» del peligro de la empresa. Creo que es una auténtica burla hacia la población colindante, donde entre otras miserias no tienen ni siquiera acceso a la escuela para aprender los avisos en inglés. Posiblemente, ni recursos económicos para comprar los «plásticos» cuyos componentes fundamentales se fabrican a cuatro pasos de sus casas. Es decir, gozan de la proximidad de «lores», «contaminación» y nubes tóxicas como justo castigo a construir los barracones donde malviven a escasos metros del césped de las grandes fábricas. Si vivieran en el centro de la ciudad no habrían sufrido sus consecuencias. Si además sus reivindicaciones ciudadanas se pierden en la selva de las justificaciones institucionales y tecnológicas, no hace falta más comentarios, como en los buenos chistes: el desastre está servido. Al igual que en las antiguas campañas de Navidad, habría que decir: «ponga unos cuantos muertos en sus pantallas de televisión», mientras se nos caen restos del polvorón clásico.

Huelva tiene mucho que pensar con estos avisos estratégicos. Estos desgraciados simulacros deben llevamos a formar grupos humanos, solidarios «a priori», para divulgar y conocer a fondo qué es lo que tenemos a un kilómetro en línea recta. Para ejercer la denuncia, para defender el derecho a la vida aunque ya hayamos nacido. Para respirar tranquilos y cuidar sigilosamente el olfato,

maltrecho por ese «cierto olor a podrido» que nos rodea en la madrugada.

A los treinta y dos años del éxito de Bardem con su película «Bienvenido Mr. Marshall», le podríamos pedir de nuevo un rodaje de reposición en nuestra ciudad. Sería el momento de vivir la experiencia de aquel inocente pueblo y alcalde a su cabeza, trocando aquella desilusión en vítores y aplausos para un desmontaje de lo existente, negando todos los cartones del bingo de las multinacionales de la muerte, en una demostración de fuerza ante tanto sinsentido. Es más o menos lo que tendría que haber pedido y vivido la población de Bhopal, cuando un alto directivo de la Union Carbide, propietaria de la planta de isocianato de metilo, decidió construir una factoría en su territorio.

Mr. Anderson se «quedó» allí, un director de típica factura americana, un «modelo» para la sociedad actual. Muchos hemos pensado estos días con auténtica añoranza el mensaje de Bardem: ojalá hubieran tenido la posibilidad de haber pintado en su pancarta: «¡Bienvenido, Mr. Anderson!». La caravana de Union Carbide pasaría de largo, dejando una estela de alegría en los habitantes de Bhopal o Huelva, pues desde la parábola del miedo es lo mismo...

LA NOTICIA

Lunes, 10 de Diciembre de 1984

Ciudadano Jesús

Hoy, veinticuatro de diciembre de 1984, es un día más para gran parte de la humanidad. La quintaesencia del recuerdo del renacimiento de Jesús de Nazareth está en el olvido de un progreso cultural cuestionado por días. Hoy se inician vacaciones, fiestas, se intercambiarán regalos y se consumirá en cotas insospechadas el turrón más caro de España (así aparece en los anuncios)... Hoy, veinticuatro de diciembre de 1984 seguirá clamando en nuestros oídos la realidad tangible del sinsentido de la pobreza o miseria. Este mes de diciembre que transcurre en medio de situaciones dolorosas para la humanidad es en sí mismo una pura reflexión. Etiopía, Chad, San Juanico, Bhopal, Afganistán, son una pregunta dura a la simbología cultural de la Navidad, de cualquier día del año que pasa, del año que viene.

A pesar de todo, estamos en las fiestas navideñas. Un todo cada vez más aceptado y asumido en la tranquilidad de la mesa de camilla y del colchón multielastic. Un todo de intranquilidad manifiesta, no latente, de una humanidad que se encuentra en una situación de desconcierto y sinsentido preocupante. Las mejores fotos del año suelen ser de miseria, de hambre, fotos que ganan grandes premios por traernos ante los ojos al niño más triste del globo o a la madre más desconsolada que se pueda encontrar,

horrORIZADA ante los cadáVERES de los hijos maltratados por la guerra.

Y en medio de todo el marco incomparable de la sociedad de consumo, utilizando su propia fraseología de las fiestas de diciembre, se trabaja la necesidad de la paz, concordia, buena voluntad, amor, sabiendo utilizar la paga extraordinaria y el toque del perfume que subyuga al amanecer del día veinticinco, después de una juerga nocturna donde todo está permitido, todo autorizado «porque estamos en Navidad». Y todo este montaje «dorado» se debe a que unos cronistas del siglo quinto antes de Cristo, comenzaron a tomar apuntes de un hecho sociológico interesante en sí mismo: el empadronamiento y, en un momento dado de la historia, el ordenado por el emperador romano César Augusto. José y María de Nazareth, ciudadanos responsables, buenos demócratas en su sentido primigenio, acuden a empadronarse a Belén, en hebreo «casa del pan», y allí, fuera del drama que siempre nos han pintado del rechazo a la familia «sagrada», al no encontrar sitio en la posada porque estaba hasta los topes, debido al empadronamiento masivo, se le cumplen los días a María, «estaba cumplida», y nace Jesús, niño-ciudadano, en el acto de empadronamiento de sus padres. María estaba loca de contenta por las cosas «maravillosas» que los pastores decían del «niño».

Había también por allí una profetisa anciana de nombre Ana, que conocía muy bien a la gente del Templo, y hablaba a todo el mundo de las cosas del niño. Y Jesús

comenzó su vida normal, creciendo en todos los sentidos. El cronista de la época ha sido muy escueto en sus manifestaciones, pero constituyen en sí mismas un dato muy importante para la humanidad: es necesaria la revolución en las épocas de estancamiento social, de aburguesamiento en todos los sentidos.

La clave de Jesús estaba en su presencia como revulsivo ante los conformismos manifiestos. Toda su vida está llena de intervenciones puntuales en determinadas problemáticas personales y sociales de sus paisanos o ciudadanos próximos. Viene a llamar las cosas por su nombre, que además en hebreo o arameo, tiene una importancia vital. A Jesús de Nazareth se le ha situado tan alto que para muchos no hay posibilidad de entenderlo en su justo sentido. Quizás el cronista Marcos ha sido el más sencillo de todos los profesionales de la época para traemos a la lectura actual una figura de Jesús rica en contenidos humanos. Su enseñanza con autoridad es entendida en contraposición a los profesionales de la fe de su época, es decir, se le notaba que lo que decía era importante para el mismo Jesús, en vocabulario actual, «se lo creía»... a diferencia de los «jefes espirituales» de siempre, que ya no convencían a nadie por su falta de testimonio y compromiso con los sencillos, pobres, marginados y enfermos psíquicos o sociales que les rodeaban a diario.

Para un intérprete progresista de la fe, lo lógico era sufrir los reveses del poder vigente. Su muerte estaba anunciada de antemano. Nadie se debía escandalizar. Molestaba y. no

interesaba. Y sabía que al final se iba a quedar solo. Así fue. Así se hizo. Muchos les delataban.

Se podía convertir en un desaparecido cualquiera. Y al fin, este hombre molesto para la sociedad vigente, es eliminado por el procedimiento de la época. La misma autoridad que empadrona, es la autoridad que mata, apoyada por la institución religiosa, por la muchedumbre aborregada, que compara a Jesús con Barrabás. Esa es su miseria.

Esta Navidad podía ser algo diferente. No sería bueno entrar en maniqueísmos desfasados, pero sí sería conveniente no malinterpretar el contenido revolucionario del mensaje del ciudadano Jesús. Con normalidad, con alegría, con coherencia, pero sabiendo de antemano que trabajar en su ideología y actitud de creencia lleva indefectiblemente a encontrarse de lleno con la actitud oceánica de la sociedad actual, donde el oleaje de consumo, violencia y desprecio humano suele ser el acicate para todo aquel que prescinde de la realidad del compañero. Porque nuestro sistema democrático vigente debe mucho al ciudadano Jesús, sobre todo a su actitud ante la necesidad de cambiar una sociedad tranquilizada con el bienestar codificado por las multinacionales de la alegría navideña.

LA NOTICIA

Lunes, 24 de Diciembre de 1984

El almanaque que se va...

... y nuestra vida se queda, aunque cambiando de río. Las hojas que quedaron o fueron arrancadas paso a paso al declinar las veinticuatro horas de cada día, se las llevó el oleaje de la vida, en el inmenso mar de lo desconocido. El almanaque nos recordó el / los santos de cada jornada, la máxima adecuada para empezar la tarea con el telón de fondo de Goethe, Shakespeare, Schopenhauer, Tagore o Alberti (prohibido en épocas todavía recientes cómo si no debiéramos conocer su obra premiada e inmortal, como si estos autores no tuvieran clarividencia para ser norte y guía de muchos marineros en tierra adentro, de Huelva, para no ir más lejos).

También aprendíamos a quitar las manchas con esencia de benjuí, siempre y cuando cumpliéramos con los ingredientes de la fórmula casera. O cómo hacer desaparecer la tristeza, acudiendo a la máxima del taco «Myrga», que todo bien nacido ha puesto alguna vez en su vida. Sabiendo en todo momento cuántos días quedaban para finalizar el año, por aquello del que avisa no es traidor. O aquella llamada que había que hacer a las once de la mañana, en el renglón a propósito. Aquella otra carta que tuvimos que contestar o la visita anunciada. Todas estas impresiones del almanaque constituyen una seria radiografía sociológica y, por qué no, antropológica de la nación. Para ello, vamos a entretenemos en pasar por

varios rincones, más o menos cercanos, donde está presente el al-mana que (el guión no es un error de la fotocomposición, sino el reconocimiento a su cuna, los países árabes, donde el al-manaque constituía el medio de comunicación social por excelencia).

El al-manaque del camionero es un claro exponente antropológico: mujeres más o menos desnudas y en posiciones más o menos horteras son la compañía de muchas horas de soledad, donde las ballestas o neumáticos de las casas anunciantes son lo de menos. Acompañadas, al mismo tiempo, de vírgenes que son la otra compañía, la de inspiración de seguridad en la patrona. Una mezcla explosiva, pero real. Con todo tipo de encajes y pasamanerías. Las mozas desnudas dentro de la cabina, las vírgenes en los cristales pequeños exteriores. Importante experiencia. Supongo que al final del año la virgen permanece y la señorita también, pero ésta última rivalizando con la imagen más soez que se haya publicado.

Existía también una costumbre en Estepa, la tierra del mantecado y del turrón, que consistía en incluir en cada caja surtida de mantecados un almanaque religioso, por aquello de la Navidad, dándose el caso curioso de que quien ganaba más adeptos en la admiración hacia la imaginería andaluza era la «Macarena», que de haber ocupado todo el espacio de la tapadera de la caja, ha decaído en beneficio de las almendras, la canela y el ajonjolí. Lo curioso del caso era que te podías encontrar, normalmente en enero, con una mancha de aceite en el día

catorce, que ya de por sí desprestigiaba a la hoja y al día, dado que era su principal enemigo en las cajas. A pesar de todo, durante muchos años se recordaba la Navidad y sus dulces a través del al-manaque manchado de Estepa. Como se puede apreciar, esta última versión asevera las contradicciones de la imagen al-manequera.

Otra oleada actual de imágenes decorativas, la ofrecían los almanaques de misiones, donde todo el año te pasabas viendo negros por todas partes. Las cien pesetas que podían costar en aquellas épocas, te obligaban, cada vez que consultabas el almanaque, a tragarte imágenes de pobreza y miseria para que no se te olvidaran a lo largo del año. También pululaban los montados en torno a la discapacidad o a niños enfermos y con caritas angelicales, desconocedores por supuesto de la comercialización de la imagen que estaban sufriendo. Y los almanaques de bolsillo, donde dando la vuelta al escudo de futbol del equipo preferido, te podías encontrar con una mujer desnuda en actitud desafiante y que era incorporada a cualquier cartera con plástico transparente para que al abrirla en público se pudiera admirar lo macho que es uno.

Los al-manaques continúan haciéndose. Suelen ser reclamo publicitario, pero la imagen que introducen puede dar la lectura antropológica y social de quien lo publica. Es una experiencia radiográfica que simboliza el deseo y la frustración de muchas personas que necesitan proyectar sobre la imagen presente a lo largo de trescientos sesenta y

cinco días lo que a lo largo de una vida no son capaces de digerir e incorporar en claves de normalidad vital.

El almanaque sirvió para comunicar a muchas personas. Fueron los primeros calendarios anunciantes de la astrología, santoral y actividades del monarca presente. Desde el siglo XV sabemos de los almanaques españoles, siendo los más famosos los de Torres Villarroel, que en el siglo XVIII tenían grandes admiradores sobre todo entre los curiosos del porvenir. Los «piscatores», eran vehículo de cultura diaria y mensual. Los de hoy no cesan de recordar lo de siempre: «tempus fugit», el tiempo pasa, se va, para no volver más, en la búsqueda incesante del recuerdo en aquellos días que nunca hubiéramos arrancado del nuestro, ese almanaque interior que sabe bien de esperas y esperanzas, sin tener que recurrir a la frase del sabio de turno que presumiblemente está muy lejos de la vida impresa a fuego vital El año 1984 se nos va. Nos vamos con él, en un viaje de madrugada festiva que intenta por todos los medios simbolizar la necesidad de paz y amor que tenemos todos. Aunque a veces, tengamos que rodeamos de paisajes maravillosos, perros que parecen de porcelana, mujeres que han posado por cuatro perras y están paseando por todo el país o santos y santas andaluces/zas que pensarán para sus adentros lo sólo que se encuentra el hombre los trescientos sesenta y cinco días de cada soledad intemporal...

LA NOTICIA Lunes, 31 de Diciembre de 1984

La estela del regalo

Hay matices en la vida cotidiana que dan sentido a la monotonía de la existencia. Acabamos de vivenciar una época del año propicia para el regalo. Dejando los tópicos aparte, la idiosincrasia del regalo español simboliza el sentir de un pueblo, su cultura, la simbología de la comunicación más o menos cercana. Para centramos en el tema que nos ocupa hoy, vamos a detenemos un instante en los sufridos' Reyes Magos de Oriente (no de cualquier sitio...) que en el día de ayer sembraron las casas de regalos, de «cosas» que demostraron el claro/oscuro objeto de los deseos de cada uno niño/adulto de Occidente. La fiesta de los Reyes cierra un ciclo muy importante a nivel cultural. Precisamente, es en este ámbito donde se puede situar la experiencia del intercambio de dones presentes, una vez cumplidos los días al niño «que ya es capaz de saborear la quintaesencia del regalo traído de lejos...» El anuncio de alguien que ha de venir, la llegada del mismo y la necesidad del «reconocimiento», simbolizan perfectamente la ruptura de la monotonía del fin de año, que cada uno sabe mejor que nadie como le ha ido. El-los familiares que han de venir, la familia que llega y el intercambio de presentes reflejan a la perfección la necesidad de encuentro de los hombres, mujeres y niños, al menos, una vez al año. Surge así la realidad del regalo.

La antropología más tradicional sitúa la experiencia del regalo en la relación del hombre con Dios o los dioses, basada en la que los hombres establecían entre sí. El antropomorfismo en la relación con la deidad vigente es la proyección de la necesidad de aval o respaldo que todo ser humano requiere ante la inseguridad de sus propias acciones. Si además el hombre ha descubierto que los dioses pueden enfadarse con el hombre, como pasa a ellos mismos, conviene tenerlos contentos ofreciéndoles dones, casi siempre en especie. Así, la ira de la deidad se tornará en reconocimiento de la bondad del hombre (?) y la furia del fuego, aire yagua no se lanzará contra la especie humana. Los regalos se tornan así en algo gratuito que el hombre ofrece a Dios / los dioses, que tienen sentido precisamente por la gratuitad, la no necesidad que detentan los dioses, que están en algún sitio. Es en este marco donde se puede hablar de alianzas entre los hombres y Dios. El rito de la alianza simboliza de forma magistral el contenido multisecular del regalo como sello o estela del pacto, del encuentro más grandioso que el hombre ha sabido dejar por escrito, reconociendo la sublimación de una ceremonia extendida entre los primeros pobladores de la tierra. Como prueba tangible de que las palabras que se entrecruzan Dios y los hombres han de permanecer hasta la muerte, se sacrifica un animal y se le divide en dos mitades, obligándose el titular del pacto a pasar por ambas mitades para recordarle que si se incumple cualquiera de las cláusulas pactadas, puede el hombre sufrir las mismas consecuencias que el animal. Junto a esto, existe una

ceremonia llamada del «jesed» donde se obliga el hombre agraciado con el pacto a vivirlo permanentemente en cada acto de su vida siendo de esta forma «justo» hasta la muerte, en un estado de vigencia -minuto a minuto- de un compromiso que se simbolizó en un regalo.

La estela del regalo actual dista mucho de repetir en todo su contenido el marco antropológico del intercambio. Hoy día, el regalo se ha convertido, en la mayoría de las ocasiones, en un acto social sin más, para beneficio, única y exclusivamente, de las grandes empresas de consumo, que justifican su supervivencia precisamente en el «juego» del «regalo para que tú me regales» (aunque «farisaicamente» no se demuestra así...). Normalmente va hilvanado a algún momento clave en la vida de cada uno, muy especialmente en esta festividad pasada de los Reyes, donde la mayor parte de las tiendas hacen su «diciembre/enero» que permite ir tirando comercialmente a lo largo del año, en espera paciente de que vuelvan las fiestas navideñas. El dilema cantidad/calidad también está presente, haciendo cuerpo a la célebre frase celtibérica de «caballo grande ande o no ande». La voluminosidad suele ser un aliciente importante para demostrar «cuánto» quiere uno al otro. Y la estética sufre normalmente uno de sus mayores reveses históricos, dado que como el libro de los gustos está en blanco, uno se puede permitir el lujo de regalar la mayor hortera del mundo en aras de la dichosa frasecita. Y la víctima suele ser el homenajeado, el sujeto receptor del regalo que con una sonrisa sardónica suele demostrar el

estoicismo más feroz ante aquel semejante «detalle» que solamente con verlo se le caen todos los palos del sombrajo. Pero el discreto encanto de la sociedad obliga a decir siempre que es «maravilloso» para que no se ofenda el donante. Cuidándose por encima de todo el detalle hasta el último momento, por ejemplo, la etiqueta con el precio, por aquello de que no está bien visto dejarla, aunque todos sabemos que nada más salir de casa ya está el amigo poniéndonos la «etiqueta» de gorrón o espléndido, miserable o dadivoso en la medida de que el regalo, al peso, sea una buena «prenda» o no.

Sería importante, creo que ante todo lo necesario, rescatar el contenido primigenio del regalo, es decir, comprometerse sólo con aquella persona que se relaciona conmigo en encuentros constructivos para la felicidad diaria, pactándose unos compromisos de vida que se puedan simbolizar en el regalo no cosificado, por ejemplo, en esa llamada a tiempo, compañía no programada o silencio de comprensión que no lleva etiqueta, precio ni papel de celofán con lazo incluido. Se perderían muchos negocios montados a propósito, pero ganaríamos todos en sinceridad y cercanía. Además, solamente lograríamos repetir la historia en un pasaje digno de ser aprendido en la mejor lectura actualizada de la relación de los hombres. La estela del regalo no consistiría en nada más que buscar ese momento de intimidad que todos tenemos y necesitamos para decirnos al oído lo que esperamos del otro. Más o menos lo que le ocurrió al platerillo de Alberti cuando deja

estupefacto a su cliente que no puede pagar el collar de María y el anillo para el niño Jesús: «Yo dinero no quiero, besar al niño es lo que quiero...»

LA NOTICIA

Lunes, 7 de Enero de 1985

Este libro se terminó de imprimir el día 24 de junio de 1987, festividad de S. Juan Bautista, siendo las 5 horas y 30 minutos, antes de alzarse el telón para la primera representación de aquella tarde de primavera.



Papageno. Litografía de Thiele, para el estreno de «La flauta mágica». Berlin, 1816.

ISBN: 84—398-9895-9